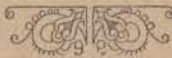


ANTONIO ZAMBRANA

1846-1922

# LA POESÍA DE LA HISTORIA

MISCELÁNEA



SAN JOSÉ DE COSTA RICA  
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA

DE MARÍA V. DE LINES

1900

## El nihilismo ruso

*Conferencia en la Escuela de Derecho  
el sábado 8 de Julio de 1899.*

SR. PRESIDENTE:

SRES:

Las tormentas revolucionarias han dejado en bien distinta situación la América y la Europa; tras tanto oleaje de ideas, tras tantos huracanes de iras, tras tanto anhelo de fraternidad allí por los poetas soberbiamente cantado,—si la aristocracia secular sufrió verdaderos derrumbes, si de sus prerogativas feudales quedan sólo poco más que símbolos ó menguados privilegios palaciegos, no por eso deja de seguir habiendo desigualdades tan hondas entre unos grupos sociales y los otros, tal desnivel de situaciones, que á veces se diría que las revoluciones fueron como nubes de verano, y que el feudalismo soberbio ha ganado con ellas en frondosidad y lozanía.—En la próxima y última conferencia hablaremos de la América:—volvamos, por ahora, los ojos al viejo Continente. Fermentan en su seno, así como en las ciénagas inmundas los organismos putrefactos, las ignorancias y los vicios que la riqueza fácil y la miseria extrema originan de consuno, y jamás salió del pantano que hierve bajo el sol fiebre asoladora, ú otro envenenamiento del aire, que en desastrosas consecuencias se apareje con las pestilencias morales que de esa fermentación continua se escapan, y que con sus vapores mefíticos enturbian y

manchan la atmósfera de las civilizaciones más altas y mejor cumplidas que sobre el planeta se asientan — Gentes sin pan, en indolencia forzada, con hambre de trabajo para ganar la vida, contemplan con ojos tristes, y por ley incontrastable envidiosos, los banquetes del rico indolente, que nació entre el oro, y que sin más esfuerzo que el de cambiar de capricho, despilfarra en su tedio, con lujos insolentes, lo que bastaría á calmar la ansiedad de los desheredados numerosos. Ni es posible siempre que el honor resista, ni aun que no agonice la vergüenza del necesitado á través de las complicaciones múltiples que envuelven como en red asfixiante la honradez y la honestidad de los pobres. Con indiferencia que no parece humana, mira pasar el hambre sin alimento, la enfermedad sin alivio, el frío sin amparo, el pudor sin defensa, la ignorancia sin luz, por junto á su palacio espacioso con provisiones amplias, con surtidores de agua perfumada, lleno de aire bruñido, por la electricidad iluminado, por tenues vapores tibio, con portentos de arte en cada muro y vestigios de ciencia en cada piedra, el potentado que no tuvo sino que alargar la mano para empuñar en ella uno de los cetros de la vida.

El pobre, que no tiene hogar, porque no pueden constituirlo las tierras frías de su casa;—que no tiene familia porque la miseria la rompió el pulmón á su compañera, y le quebrantó el hijo ó se lo hizo soldado, y le agostó primero en flor la belleza de la niña y más tarde se la convirtió en cortesana; que no tiene esperanza, ni en un mundo que le parece tan duro, ni en un Dios, que encuentra tan sordo, ni en su único amigo—el trabajo—que de súbito le falta;—ese hombre,—hecho una fiera por su angustia,—se rebela al fin contra la tierra y contra el cielo; mira



la vida como una burla inmensa, como una maldición despiadada, como una iniquidad permanente, y encerrando sus iras en una bomba, trasformando en proyectiles sus ideas, coloca la máquina explosiva junto á los pilares de la sociedad, porque no le es dable en su impotencia escalar las nubes, y poner la semilla de la destrucción, como quisiera, en medio de los ejes del Universo y bajo el trono del Destino.

Cuando suena en América el eco de una de esas catástrofes; cuando nos dice el telégrafo que han dado una puñalada á un Ministro de Estado ó á una Emperatriz, no falta quien crea que eso es lo que se conoce con el nombre de Nihilismo Ruso. Voy esta noche á hablaros en primer término de este fenómeno curioso, y empiezo, por lo mismo, rectificando el error que en el caso que he señalado se comete. La palabra *Nihilismo* se usó por vez primera en una novela de popularísimo escritor de Rusia, el célebre Turgueneff, y lo que se designaba con ella era un estado mental y no un sistema de política, ni mucho menos una suerte de guerra sigilosa contra la sociedad de nuestros días. El *Nihilista* era entonces simplemente lo que llamamos un pensador, un revolucionario teorizante ó especulativo: un hombre que no creía lo que el mundo oficial de nuestros días aparenta creer y manda que se crea. Pensaba él, á poca distancia de Epicuro y Demócrito, que bien puede haber una fuerza sobrenatural que haya creado el mundo y la vida é impreso á la portentosa máquina el primer empuje que la puso en movimiento; pero que ni de ella cura ni providencialmente la gobierna, y que el método de adulaciones temerosas, constantes y ridículas que las religiones constituyen, no es más que signo de vileza que en nada altera



el curso del sordo y ciego destino que nos mueve; pensaba que lo que se llama la Patria y con tan delirante entusiasmo se exalta, no es más, en su origen, que el resultado del instinto que hace amable para el cerdo su pocilga ó para el rumiante su pasto,—y no es, más, después,—que una extensión de nuestra vanidad pueril, apeteciendo que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que la patria de los otros; pensaba que la Comuna Municipal rusa, la que más se parece por cierto á la primitiva de los Estados Unidos, de que he de hablaros otra noche y si en algo de ella se distingue es en la mayor fraternidad que encierra, es el único Gobierno que en todas partes se requiere;—y pensaba,—por último,—que la familia actual, que tanto idealmente se pondera,—sigue siendo la familia primitiva de la mujer esclavizada por el varón, á fuer de más robusto y vigoroso; que á la mujer la educamos para nuestro regalo, con mengua de su naturaleza racional; haciéndola débil, pueril, cobarde, supersticiosa, porque así nos conviene; especie de esclava de nuestra voluptuosidad, hecha á mirar sólo si le cae bien el atavío con que ha de cautivarnos; preparándose en sus primeros años para nuestro placer, como se prepara en la ceba el animal que hemos de devorar para la muerte, incapacitada por el desarrollo intelectual que le permitimos y la esfera de ideas y sentimientos en que la encerramos para ser, como hipócritamente la decimos, la compañera de nuestra vida; con cuyos corazón y cerebro, en fin, hacemos lo que se hace, allá en Asia, con el pie de las chinas aristocráticas, el cual se coloca desde su infancia en una máquina de compresión que estorba su crecimiento fisiológico. Otros pensadores, llegando más allá, opinaron que dar la vida á un nuevo esclavo de la Naturaleza, es

crimen sin disculpa; que la generación es una vergüenza si se la mira como la servidumbre de sucio instinto y si en sus consecuencias cabales, una infamia, y doctrinaron á su pueblo contra ella y hasta la mutilación llegaron si temieron no resistir con energía bastante los apetitos de su carne. Ya veréis luego como las ferocidades del despotismo convirtieron estos ideólogos inofensivos en revolucionarios tenaces y sin merced, en virtud de un conjunto de circunstancias que marcan la curva histórica constante, tránsito de las soberbias del despotismo á las catástrofes revolucionarias, así como la extrema presión del vapor sutil lleva consigo la explosión de la caldera y destruye acaso con su golpe, la mano imprudente que lo aprisionó demasiado. A la curiosidad ansiosa, al interés despertado por algunos escritores rusos acerca de los problemas sociales, siguió la lectura incesante y febril de los libros franceses que habían tratado esos problemas, y como en Rusia ni era casi posible reunirse para los comentarios de aquellas ideas fosforecentes, ni podía darse á las mujeres educación independiente y alta, empezó un exodo hacia Francia, Alemania, Suiza,—Suiza sobretodo, donde la vida era más fácil y barata. Por millares fueron los peregrinos hacia el Poniente, que era en este caso donde la luz nacía, no á fraguar conspiraciones de revuelta, ni á esperezarse al sol de aquellas regiones, para ellos tibias y voluptuosas, sino á laborar sin reposo y á estudiar sin tregua: á ganar las mujeres la dignidad de la vida por uno mismo trabajada, á ganar los hombres la altura de la vida que se piensa á sí misma. No andaban las unas ni los otros en los talleres de pólvora, analizando explosivos, ni compraban armas, ni se decían mutuamente planes de revueltas; compraban libros,



negando á los placeres y á veces á las necesidades su importe; trabajaban antes que el sol saliera para mantener la frugal existencia y mucho después de puesto estaban escuchando al maestro ó juntos en el Club hablando de la fraternidad humana, pacificadora y suave, ó de la ciencia serena, ó preparándose para la lección y para el examen de la doctrina del ingeniero que doma los montes y tapa los abismos, ó del médico que ahuyenta la muerte y que alivia el dolor, y aprendiendo como se educa la lengua humana y se la hace decir lo que se esconde á veces, sin dejarse expresar, en los abismos recónditos del pensamiento; vida como de frailes sinceros, aunque no con rezos y con fórmulas de piedad, sino con piedad vivida y con esa oración inarticulada que, si lo Absoluto oye, debe oír piadoso escapándose de las acciones santas, y de los discursos serios — que no lo son del egoísmo, y de las obstinaciones sublimes en hacer un poco de luz sobre los precipicios de la concupiscencia y del egoísmo, que por todas partes nos cercan atrayéndonos con los aromas suaves que de ellos se desprenden y con las voces de Sirena que cantan en su fondo: vida austera de estudiantes pobres, — de aquellos que no toman estimulantes y no fuman, de los que no saben el camino del garito ni de la taberna, sino el del anfiteatro donde la vida se averigua y el de la Escuela donde la averiguación se comenta; la vida del taller por la mañana, y de la biblioteca por la noche, y del libro abierto junto al plato en el cuarto de hora en que se come; harto más fecunda que la del monje que canta sus aleluyas y sus misereres; harto más hermosa en verdad, con sus estrecheces de hoy y sus carencias de mañana, que la del estudiante de forma que va á gastarse á los centros científicos la plata que su país ó su fa-



milia le envía y consume más tiempo y más dinero en las curiosidades de su sangre y de su médula espinal que en las de su ignorancia bien acomodada y perezosa. De golpe, el capricho y la suspicacia de la tiranía vinieron á turbar estos idilios; un *ukase* inesperado y terrible cayó como una bomba en medio de aquella colonia de abejas zumbadoras y laboriosas; se les llamaba á Rusia; se temía que aprendieran demasiado; se temía la irrupción de aquella luz que se estaba forjando en Occidente; se temía que viniera más tarde á hacer la aurora en la media noche del Imperio aletargado y sombrío.—So pena de perder para siempre el suelo de la patria, adorado por aquellos corazones puros y tenaces, de perder para siempre el hogar oscuro donde había quedado la madre enferma ó la abuelita venerada ó los hermanitos en flor, se les ordenaba retornar sin tardanza á su existencia de súbditos taciturnos y semi sonámbulos, viviendo como el buey bajo el yugo, como el caballo en torno de la noria, como el topo en la sombra, marchando á tientas hacia el pan y hacia el lecho, rodeados y marcados por la vergüenza de la servidumbre, en el país donde estudiar era delito y saber leer motivo de sospecha. Aquella bandada de estudiantes que no querían perder la patria, emprendió su viaje de retorno, dejando el libro que tanto interesa con la página doblada en la esquina, aunque no haya la menor esperanza de abrirlo por ahí otra vez; con el curso de la ciencia sabrosísima á medio hacer, con la plática del sabio profesor no concluída, con el grupo de conferencias solo por la mitad. ¡Destino sombrío! una de las formas del destierro del Satán imaginario: dejar la luz, para vivir en las tinieblas.—Los estudiantes llegaron y se pusieron á vivir tranquilamente, bajando un poco el pensa-

miento para que cupiera en la ergástula; apagando un poco la mirada para que no llamase la atención de la policía; pero ¿quién contenta á los tiranos? Por lecturas altas, por comentarios vivos, por un poco de altivez ó de desenfado, un joven, noble y generoso, es aprisionado por la policía; ya en el cuartel, para averiguar algo ó para hacerle bajar la cabeza, lo azotan; su novia, casi una niña, toma una pistola, se acerca al General favorito por cierto del Emperador, responsable de aquella infamia, dispara contra él; presa, el jurado la absuelve; libre, el pueblo la victorea; el Emperador, loco de ira, da orden para que, apesar del fallo del jurado, la prendan viva ó muerta; pero el pueblo la esconde. El drama va á comenzar;—parecen oirse aquellos golpes misteriosos que en el teatro francés anuncian que va á levantarse el telón.—El pistoletazo de Vera Zassulic es, en efecto, el comienzo de una nueva faz del Nihilismo.—Ha sido hasta ahora especulativo: va á ser ahora activo.—La *obra*,—aquellos espasmos, aquellas convulsiones, aquellos delirios de sangre que se conocen en Rusia con el nombre de *la obra*, van á desenvolverse sin miedo y sin reposo. El tiro de pistola de Vera Zassulic es el punto de partida de una de las tragedias más patéticas y memorables de la Historia.

Figuraos un país donde ninguna libertad se conoce, donde ningún derecho individual existe, donde para la omnipotencia del Gobierno no hay freno, ni siquiera nominal; donde no solo pasa, sino que es héito, matar á latigazos á un hombre que no ha sido procesado; donde, en torno del Poder Público, hay una camarilla de avideces que comercian con el hambre del pueblo, y de adulaciones que lo embriagan, y de miedos de perder el botín que lo enloque-



cen; donde la policía es más numerosa que un ejército y tiene más formas que Proteo; pero figuraos al mismo tiempo un país donde la débil novia del azotado hiera; donde, al cabo, ese delito se somete al jurado, porque el despotismo europeo, aun en Rusia, no tiene los descaros del de la América Española; donde la heroína es absuelta; donde, dado el veredicto, se le concede la libertad; donde, ya libre, el pueblo la toma junto á su seno y la ampara contra el monstruo de mil ojos que la asecha; y donde, por último, apesar de la vigilancia enorme, de las miriadas de bayonetas, de la policía densa, del terror en el aire,—tres meses después del atentado de Vera, un hecho semejante al que lo originó se verifica, como reto lanzado á la muchedumbre sierva, y el General Mesenteff, el jefe de los aduladores y de los espías, cae muerto á los pies del trono, sentenciado y ejecutado por la Revolución inespugnable.

Difícil es formar idea en estos países del sol á la mano, por decirlo así, como calentador gratuito, del aire fresco ó tibio, de la tierra pródiga, de la riqueza barata, de las costumbres suaves,—en que aún el despotismo, parece, por lo común, femenino,—difícil es formar concepto entre nosotros de aquella tierra del pan escaso y del agua helada, de aquellos calabozos inmundos, de aquellas flagelaciones crueles, de aquellos verdugos sin reposo, de aquellas deportaciones en masa, de aquella Siberia, que ha hecho pensar á los rusos en un infierno nuevo, el infierno de hielo, de aquellas separaciones súbitas del novio y la prometida, del hermano y la hermana, del padre y la hija, de la madre y el hijo, que rompen los corazones al desatar con violencia el lazo que los une; de aquella vigilancia siempre despierta, siempre intranquila, nunca ociosa, que re-



gistra el agua que bebéis y el aire que respiráis, que abre vuestra carta en el correo y vuestro cofre sin que los advirtáis y escudriña vuestro pensamiento en una sonrisa, ó en una lágrima, ó en la frase dicha á media-voz á la mujer que amáis; mirada que os sigue en la sombra, oído que se pega á vuestro sueño, por si habla, círculo de hierro en que no os es dado vivir tranquilo en el fondo de vuestro hogar, ni encerraros en el seguro de la amistad y del amor, ni platicar con vuestro propio pensamiento. Pues bien, en ese país de la vigilancia perenne, y del látigo en el aire y del verdugo de plantón,—en ese país de las cárceles llenas y de los hogares vacíos, en ese país de la Tiranía sin disfraz y del poder sin freno, todos los días, al sentarse á la mesa, encontraba el Emperador un número del periódico del Nihilismo junto á su plato, y al pasear por las galerías de su palacio, veía de repente estallar el reloj en que acababa de ver la hora, en esa galería fijo,—ó al ir á tomar el tren del ferrocarril para pasearse, sabía pavorido, que una máquina infernal había estallado bajo el carro listo para recibirlo; y llegó un momento en que él, cuasi omnipotente, envuelto por la vigilancia de millares de ojos, protegido por el celo y el valor de millares de brazos, con mil escudos de oro y de diamante en torno de su vida, con millares de aceros levantados para protegerlo, recibió en la frente la bomba explosiva preparada por el valor de sus esclavos, y cayó en tierra sin vida y sin corona, herido por la indignación de la justicia.

Ese atentado, que por sus circunstancias no tiene semejante en la Historia, no se realizó sin forma de juicio, y sin notificación cumplida de su amenaza y de la manera de evitarlo. Lo que el Nihilis-

mo quería ahora,— ¡sombra de veras su moderación! —era simplemente una constitución para la Rusia; quería el derecho común de las naciones civilizadas; la libertad de la imprenta, la libertad de la tribuna, la asociación á la luz del día, el sufragio para el Parlamento, y el Parlamento para la ley. ¡Pobres ilusos,—no sabían como todo eso se falsifica y se corrompe! —Esperaban la imprenta libre para decir sus ideas, y la tribuna libre para impartirles la electricidad de la elocuencia, y la asociación libre para realizarlas en fraternal consorcio. El Czar había abolido la esclavitud en el Imperio, con poquísimos frutos, porque las circunstancias financieras, políticas y sociales del país hacían preferible la suerte del esclavo, con su pan seguro, á la del proletario, sin asilo; y con mansedumbre y reverencia pidió el Nihilismo al Czar que colocara á Rusia en el meridiano de la civilización occidental, y que tuviera ministros responsables y que dejara hablar al país y que rompiera el látigo con que le ensangrentaba las espaldas.

Ah! señores,—el Czar no contestó con un acto de cordura aquella noble invitación; dejad que me detenga un momento para lamentar su ceguedad é intransigencia; era aquel hasta cierto punto un noble Czar, un hombre generoso hasta donde la soberbia de la tiranía con la generosidad es compatible: la Historia no puede menos de lamentar ese desacuerdo memorable. ¡Quién sabe cuánto de adulación infame, cuánto de engaño por los sicofantas y los cortesanos de los grandes poderes mentido,—cuánto por los policiales falsificado, cuánto por los falsos amigos contrahecho, entraba en aquella imprudencia temeraria con que arrojó las santas iras de su pueblo é hizo rodar por el polvo, con su cabeza,



la sacra corona que su orgullo insolente anteponía al resplandor del derecho!

El temple moral de los conspiradores rusos á ningún otro puede compararse; por cientos los llevan á la cárcel sombría, al calabozo inmundo, á dormir sobre el fango, á vivir entre la podredumbre; por cientos les rompen las carnes con el *knut*, látigo para fieras; por cientos van por calle de la Amargura que parece interminable al infierno de hielo de la Siberia, casi sin comer, casi sin beber, casi sin dormir, casi sin abrigo contra el viento helado que parece ponerse de parte de sus verdugos, y les rompe los músculos y les atormenta los nervios; la tiranía desata la familia hecha, arranca el hijo de los brazos de la madre, separa el hermano del hermano; impide la familia por hacer: manda á la novia á un tormento y al novio á otro. Aquella revolución no es para el triunfo de ahora á un rato, ó de hoy á mañana: nadie piensa en la victoria y se prepara para el botín ó para la apoteosis. Los conspiradores viven casi siempre bajo nombre supuesto, y por lo común, para la policía, para la cárcel, para el presidio, para el patíbulo, tienen un número por única designación. En este mundo no se tienen prometida victoria alguna; en el otro sólo aguardan la nada, porque no creen en un Dios personal y providente, sino en un azar sombrío ó en un sobrenatural maléfico; algunos pocos conocen de otros pocos el artículo de periódico admirable por la lógica, el corto discurso sublime por la elocuencia, la hazaña increíble, el rasgo de ingenio, de bravura ó de tenacidad realizado en la sombra; no tienen fiestas, ni reuniones vocingleras; no se dedican versos los unos á los otros; no usan metáforas sonoras: dicen: *la obra* cuando hablan de su empresa, dicen los *ilegales*



cuando hablan de sí mismos; le quitan un hermano á la policía, ó lo arrancan acaso del cadalso, y el uno no se para á dar las gracias, y el otro no se detiene para dar la enhorabuena, si no que cambian una consigna ó un aviso, y siguen, cada uno por su lado, como esas hormigas que vemos con frecuencia encontrarse, juntar sus cabezas un segundo, y seguir atareadas su faena; no se entusiasman con lo que nos entusiasma, no se conmueven con lo que nos conmueve, no se asustan con lo que nos asusta, hablan poco, algunos han estado años sin hablar; otros han vivido años sin ver el sol, en un subterráneo húmedo, manejando una imprenta secreta, por ejemplo; sin saber de su familia; sin cambiar ideas con sus compañeros, á quienes no conocen; sin comer todos los días; durmiendo sobre un poco de paja, á veces podrida; viviendo sin goce y muriendo sin gloria; éste, doblando papel desde el alba hasta el sueño; aquel levantando tipos, el otro llenando cuartillas de ideas y de hechos, desnudas las primeras, escuetos los segundos, ahorrando palabras, ahorrando sílabas, porque eso es ahorrar faena para los demás; el otro ha estado mucho tiempo: meses ó años, en peligro de todos los minutos, repartiendo impresos, por ejemplo; aguardando sin cesar, de día y de noche, durmiendo ó despierto, el momento en que la policía le ponga la mano sobre el hombro, y lo lleve á la pocilga, al látigo, á la cárcel sin aire, al calabozo sin luz, al destierro sin piedad, al cadalso sin espectadores: innominados, sin gloria, sin Dios, sin patria, sin familia, sin éxito posible, sin esperanza de este mundo ó del imaginario.—Cuando se habla de ellos, la gente seria y bien pensante dice: esos infames.—La historia buscará, en cambio, en vano, algún día, nombre bastante alto para decir la

grandeza de su locura, y tendrá que contentarse con llorar de rodillas á su recuerdo.

Uno hubo entre esos hombres sobre todos ellos interesante. Era millonario y noble y se llamaba Demetrio Lisogoub. Sus hermanos le negaron el derecho de mezclarse en sus tramas, y ese fué el mayor dolor de su vida. Eres rico, le dijeron; *la causa* necesita tu fortuna antes que tu persona; si andas en nuestros trabajos, acabarán por descubrirlo y se confiscarán tus bienes; si los entregas á *la causa* llamará la atención el cambio de propietario: adminístralos para ayudarnos; esa es la mayor utilidad que puedes prestarnos. Demetrio aceptó el pacto, comprendiendo las razones de la propuesta. Privado, entonces, del goce que ambicionaba en la vida, vivió extraño á la fiebre de la conspiración y á la actividad, para él deliciosa, de las diarias faenas revolucionarias; solo, aislado, en la única intimidad del propio pensamiento; en la miseria negra, porque no pudiendo participar de los peligros, quiso, al menos, participar de las privaciones y llevar la existencia de los más pobres y sufridos de la asociación; menospreciado por avaro y aun por demente á los ojos del mundo, sin que, fuera de algunos jefes enterados de su sacrificio y que con excepción de cortísima suma recibían de sus manos la renta enorme de sus bienes, supieran sus mismos hermanos de conspiración lo que hacía; con frío en invierno, con sueño y sin poder á veces dormir en su habitación lóbrega y pestilente; con hambre siempre; ignorado, oscuro, humillado á sus propios ojos, por no participar bastante del sacrificio común; por no poder aspirar al látigo, ni á las sofiones de la policía, ni á las angustias de la Siberia, ni al cadalso ignominioso. Tuvo una amiga, y su vida se refrescó un poco: era



una joven encantadora, cristiana, educada por una inglesa en la religión protestante, que quiso comunicarle su fe y que se contagió con la del Nihilista. En el oasis de aquella intimidad vivió muy poco tiempo; la joven supo, por acaso, la historia de aquel héroe, que con tanto empeño embozaba la propia grandeza,—la amistad se trasformó en amor y él llegó á notarlo, apesar del pudor de la niña.—Entonces se alejó desdeñosamente de ella: su doctrina miraba al amor como una voluptuosidad cobarde. Antes habían discutido sus credos. En dos puntos no estaban de acuerdo: en la mansedumbre para buscar el triunfo de la Justicia y en las esperanzas de ultratumba. Jamás comprendió Demetrio que el cristianismo renunciara á la espada —Con la palabra,—decía la niña, ha triunfado sobre el mundo. ¿Triunfó ya, por ventura? contestaba el conspirador sombrío, ¿triunfó porque hay iglesias? ¿triunfó porque se cantan oraciones?—¿Dónde está su victoria? ¿viven los hombres como hermanos? ¿se acuerdan, siquiera, de que lo son, atareados como andan en robarse, engañarse y deslumbrarse mutuamente? ¿Es hermano el déspota del opreso, el amo del siervo, el verdugo de la víctima?

A la postre, el mayor de sus anhelos pudo satisfacerse. ¿Hubo algún traidor que lo denunciara? ¿Inspiró sospechas su modo de vivir? ¿Sorprendieron sus relaciones con *la obra*? El abismo de aquella tiranía es insondable. Cierta noche la policía llegó á su tugurio, sus bienes fueron confiscados y algunos días después, sin proceso, sin ruido, sin formas, subió al cadalso en el patio de la cárcel. El largo calendario de los devotos no menciona una vida más noble que la de aquel rebelde, más valerosa que la de aquel soldado sin fusil, más santa que la de aquel



ateo.—Si lo infinito no está vacío, y el pensamiento que nos anima es inmortal, la imaginación no concibe trono más alto que el que la conciencia de lo ideal debe tener reservado para ese atleta de la indignación humana ante la burla de la vida.

Es verdad que para el criterio del cristianismo, que de una manera irregular predomina en nuestro tiempo, los procedimientos nihilistas tienen que aparecer inaceptables, y aún el simple sentido común los rechaza en cierto concepto. El cristianismo, según los nihilistas, informó con su espíritu de fraternidad muy poco espacio la vida de sus secuaces, convirtiéndose, después de haber alcanzado las alturas del favor de los poderosos de este mundo, en un conjunto de recetas para ganar el cielo sin mengua de seguir siendo ricos y soberbios en la tierra, contra la terminante declaración de su maestro. El egoísmo, que es nuestro movimiento *centrípeta* es siempre mucho más poderoso que el *centrífuga* de nuestros impulsos sociales, y para cohonestar el desequilibrio, las sociedades humanas, sin necesidad de expreso acuerdo, practican todas, como por instinto, las artes de la hipocresía, que nos hacen aparecer muy benévolo y suaves los unos para los otros, aún en medio de la lucha tenaz de nuestros intereses y pasiones. De aquí las sentimentales propagandas contra la servidumbre de las razas inferiores hechas en pueblos que se aprovechan de la menor inferioridad de los otros para imponerles su albedrío; de aquí las jeremiadas contra el cadalso, apesar de que la propia defensa social, que es en el fondo más importante que la individual, exige á veces su erección, y de que el argumento más poderoso contra él, que estriba en la falta de responsabilidad de nuestros actos, hijos todos de nuestro organismo, de nuestra edu-

cación y circunstancias, en realidad no puede emplearse en su defensa, ya que el miedo es el estímulo más poderoso entre los que mueven á los hombres, que *el loco por la pena es cuerdo*, muchas veces, y que en cuanto á la injusticia necesaria que se comete, matando á quien no lo experimentó lo suficiente, para que otros con el espectáculo se acobarden, es de poco momento comparada con las ventajas que produce, é indigna de tomarse en cuenta en una vida social y natural que no es más que un conjunto de iniquidades por los contrastes y desequilibrios que ésta crea por sí y que aquella se ve forzada á fomentar. El cristianismo es una exageración enfermiza de los impulsos contrarios al egoísmo, pretendiendo que midan con el mismo rasero las satisfacciones de su organismo el enteco y el vigoroso, por ejemplo; que no seamos de carne y de huesos, cuando no nos componemos de otra cosa, y que amemos á nuestros enemigos; cuando ni el amor se manda, ni la enemistad lo produce. El sentido común ha disuelto estas máximas extremas en una cantidad enorme de interpretaciones ingeniosas en virtud de las cuales pueden llamarse cristianos y aún aspirar á la bienaventuranza eterna hombres que están bien lejos de vender sus bienes para dar el producto á los pobres, como exigía terminantemente el maestro, con tal que algo de ellos le den á la Iglesia, y en virtud de las cuales pueblos cristianos se desgarran mutuamente en guerras fratricidas, y los representantes de los apóstoles cantan en ellos sendos *tedeums* para solemnizar las hecatombes de sus asesinatos. Es ridículo, por lo mismo, acusar de cruel el procedimiento nihilista: lo que á nuestros ojos lo condena es su faltan ecesaria de método y, por lo mismo, lo ilógico de su conducta: si tres su



cesivos Emperadores Rusos hubieran caído en tierra, la Rusia tendría á estas horas seguramente el beneficio de las torpezas y ficciones del absurdo Parlamentarismo, que los nihilistas en su inexperiencia con inocentes anhelos apetecen. — Este mundo no está hecho para dar la túnica á quien nos pidiere la capa, ni presentar la otra mejilla á quien nos hiera en la una, so pena de ser muy pronto conjunto de desnudos y descalabrados; como decían algunos críticos excépticos acerca de los primeros cristianos que vivían en común: imbéciles que se dejan explotar y pícaros que los explotan. Nada se gana con estarnos engañando los hombres mutuamente acerca de esos puntos esenciales.

Desde que la especie humana alcanzó algún desenvolvimiento en sus facultades racionales, debió notar que se verificaban en torno suyo hechos de grandísima importancia que de su voluntad no dependían. La imaginación común, y el arte de los primeros taumaturgos, crearon una serie de cultos y divinidades que tenían por comunes raíces el misterio de la vida y la característica curiosidad humana, y por comunes formas las adulaciones más abyectas hacia esas grandes voluntades desconocidas. El genio de la raza semítica dió un gran paso en esta esfera de los humanos ideales estableciendo, con el inmortal *decálogo* de Moisés, que la gran causa desconocida se complace en que la justicia y el amor inspiren las humanas relaciones, y unificando todas las fuerzas misteriosas que manejan el Universo en una entidad fabricada con la sustancia de más precio que los hombres tenían á la mano: su propio pensamiento. El misterio impenetrable se personificó entonces en un pensamiento análogo al humano, pero al que la fantasía agrandó desmesuradamente,

con atributos puramente verbales, llamándole infinito y eterno, sin que ninguno de esos vocablos pudiera responder á un verdadero concepto inteligible, y procediendo para constituirlo por medio de sublimaciones y de negaciones de las cualidades intrínsecas que nos caracterizan. La piedra bruta, por decirlo así, con que el ídolo nuevo quedó representado, la proporcionó, aun á otras ilusiones religiosas menos dignas de aprecio, un fenómeno natural y casi cotidiano: el ensueño. Producto de un sueño incompleto, en que la actividad del cerebro no cesa por entero, y en que esta actividad característica tiene que trabajar con ilusiones y recuerdos, porque la comunicación con el mundo exterior presente está del todo, ó casi del todo, interrumpida; operación mental que hoy científicamente se explica; hacía creer á los hombres anteriores y exteriores á la ciencia en una entidad que en nosotros vive fuera y hasta cierto punto extraña á nuestra carne, y el salvaje pensaba de buena fe que había estado cazando, por ejemplo, mientras su cuerpo reposaba en el lecho de hojas secas que le era habitual; lo mismo hubiera podido pensar de su perro, ya que estos animales dan con frecuencia trazas, mientras duermen, de agitarse en imaginadas cacerías. Un místico sublime, cuya superioridad moral incomparable solo en su raza y en su pueblo se concibe, arrojó sobre esta religión monoteísta, que ya era un prodigio de potencia imaginativa, un encanto y un prestigio nuevos, superiores á cuanto los hombres han creado. La religión mosaica había dicho ya que los hombres deben amarse los unos á los otros como se aman á sí mismos y el precepto, imposible de cumplir, había originado, como era natural, una refinada hipocresía; el profeta nuevo quería producir una reacción con-



tra este género de humanas relaciones compuestas de mentiras y en que un exagerado egoísmo se dejaba ver á cada paso, y mandó amar á quien nos ataca y envilece. El maestro nuevo, aunque debió ser de simpática figura, pues fué muy amado y seguido por las mujeres; de que su carácter era dulcísimo, su vida intachable y de que estaba dotado de un magnetismo personal poderoso, pasó por demente aun á los ojos de su madre y sus hermanos, según cuenta el Evangelista Marcos, y como era necesariamente poco grato para los sacerdotes judíos que gobernaban á su pueblo, ante el cual ponía á cada paso de relieve la hipocresía refinada de aquellos, después de tenderle un lazo, en que no cayó, para que como agitador político se le persiguiera, acabaron por fijarse en que, si bien de un modo vago y aun contradictorio, daba á entender que era hijo del Dios por ellos adorado, no como ellos decían que lo eran todos los hombres, sino por una generación como sexual; la blasfemia que esto envolvía era de cierto grande, y dada la estrechez de ideas de aquellos tiempos, la condenación del blasfemo enteramente lógica. Siglos más tarde, la Iglesia fundada en su nombre hubiera recurrido á penas harto más fuertes que el suplicio de la cruz para castigar un atentado semejante. Es positivo, por otra parte, que los prodigios de su magnetismo personal han sido muy exagerados por los discípulos que han contado su vida; porque, aun en nuestros tiempos de escepticismo, un hombre que curara ciegos y paralíticos y resucitara muertos, no podría ser perseguido judicialmente sin que una sedición en su favor se produjera, y discípulo alguno suyo estaría dispuesto á venderlo ni á negarlo. Su carácter profundamente humano, afeminado á veces, su agonía del huerto,

tan distinta de la serenidad de Sócrates, su grito en el suplicio: señor ¿por qué me abandonas? que indica una quimérica esperanza de que alguna legión de ángeles viniera á protegerlo,—en vez de amenguarlo, dan mayor realce á su serenidad definitiva, á su valor, en resumen heróico y á la sublimidad de su mansedumbre: el Nihilismo no lo mira con odio, sino con respeto, aunque confíe más que en los resultados de una propaganda exajerada, sentimental y definitivamente estéril, en establecer por la fuerza la igualdad racional entre los hombres, como producto, no del amor, sino de la convicción y del derecho, y un progreso moral y científico en que las enemistades resulten absurdas y se curen, como se cura la fetro y la fiebre, por medios que la ciencia proporcione.

Para exponer toda esta parte de la doctrina que debo mostrar por entero, he debido hacer violencia á mi respeto por las convicciones religiosas de algunos de los que me oyen; pero sin la explicación de los puntos que acabo de tocar, el Nihilismo resultaría, en verdad, perfectamente incomprensible.

Casi no menos sagrados que aquel á que acabo de referirme son para las sociedades contemporáneas otros tres conceptos que la doctrina del Nihilismo desconoce: la propiedad, la herencia y la familia. Un ilustre economista de la época ha dicho que el hombre nace propietario, indicando que la apropiación exclusiva de algunos objetos, por lo menos, le es tan indispensable como el oxígeno que toman para sí de la atmósfera los pulmones del infante; sin la herencia, la propiedad no existe de veras, y en cuanto á la familia, bien puede decirse que la civilización no existió de veras en el mundo sino cuando el hombre y la mujer se juntaron en uno para la juventud y la vejez, para la próspera y la



adversa suerte; ni hay sueño hermoso del mancebo y la jovencita semejante al de buscar abrigo para las inclemencias de la vida entre los sacros muros del hogar honrado que la bendición de los padres cubre, que el aprecio de la sociedad protege, que la infancia alegra, que la adolescencia hechiza, en que la vejez se ampara y reverencia: dicha que si perdura es la más alta que en la tierra puede disfrutarse, y que si, por faltas propias ó por decreto del hado se turba y desvanece, hermosea y perfuma con su recuerdo los abismos que la horfandad y la viudez abren en nuestro atribulado pensamiento, que el frío de la soledad hiela y espanta.

Conviene notar que hay algo de declamatorio y esencialmente falso en la defensa que de la familia y de la propiedad se hace. Ya el divino Platón había atacado lo uno y lo otro, como os lo recordé en la primera conferencia de esta serie. Imaginó el sublime pensador la comunidad de los bienes y de las mujeres para suprimir muchos inconvenientes que el matrimonio y la familia entrañan de seguro: educados sin diferencia, bajo el influjo del gimnasio y de la música, los ciudadanos de su República ideal crecerían juntos como hermanos, desenvolviendo en igualdad de condiciones su naturaleza; extinguiéndose la enorme injusticia que coloca, ya en tosca, ya en dorada cuna á los hombres; que los destina, desde los vagidos de la infancia, ya á esplendores heredados y no merecidos, ya á privaciones y dolores precoces; proporcionando, por lo contrario á todos educación sana é idéntica; haciendo germinar en ellos desde la niñez fraternidad bien inspirada y mantenida, libertando á los padres de los cuidados y desvelos que la protección y cultura de la prole acarrea; haciendo desaparecer las disputas domésti-

cas, apagando la fiebre de los celos, desterrando el tedio de las largas uniones conyugales, que convierten no pocas veces el vínculo del matrimonio en algo como cadena de forzado y el hogar en una cárcel, desvaneciendo de golpe diferencias de condición y de aptitud para la dicha, gérmenes de discordia, causas de sobresalto y de tristeza, las más frecuentes sin duda que en lo común de la existencia aparecen, y atacando por la base y aniquilando desde la raíz las pasiones y los intereses que hacen de las sociedades humanas algo menos armónico con frecuencia que la piara de bestias que pastan juntas tranquilas bajo el sol y aun que el grupo de fieras que el azar junta á veces en paz en las profundidades de la selva.

Está fuera de duda que la educación y la vida de la mujer actual son en lo más esencial incompletas. Su traje mismo, que atormenta y desfigura su cuerpo, y está sobrecargado de embarazos y ridiculeces, propias algunas de estas últimas de las tribus salvajes, es como un signo de la reclusión en que vive, dentro de la esfera en que nuestro egoísmo y nuestra soberbia se empeñan en mantenerla. El traje actual, aunque parezca pueril la observación, fuera de conformarse mucho menos á las exigencias de la higiene, de la comodidad y de la estética, que los que antiguos griegos y romanos emplearon, es motivo, con sus complicaciones ostentosas y caras, de verdaderas perturbaciones sociales, muy principalmente en lo que á las mujeres respecta, y una evolución en este punto es bien de apetecerse. Lo repito, habrá quien ría de estas reflexiones, y sin embargo ¡cuántos sufrimientos entraña para una gran parte de la sociedad el conjunto de fórmulas que encierran el vestido y el tocado! lo cual se agrava con la con-



temporánea pretensa democracia que ya no aguarda, y, casi no tolera, las diferencias que en estos puntos eran de rigor en las sociedades antiguas. Respecto de la mujer actual, su traje indica á primera vista que está destinada casi exclusivamente á agradarnos, y como la inmensa mayoría de los hombres carece de buen gusto, y como el cosmopolitismo se exagera lastimosamente, el asunto sin parar mientes ni en la diversidad de los climas, la mujer de hoy, es una especie de esclava de los caprichos de modas insensatas y, un ser humano que dedica la mayor parte de su tiempo, por ley ineludible, á preocupaciones propias de muñeca consciente, ó cuando más de una niña de pocos años. De aquí la tiranía conyugal, á que la entrega la sociedad contemporánea casi sin defensa. Su debilidad excesiva, la cual depende sobre todo de la existencia en que la encerramos, sin gimnasias útiles, y sin ocupaciones que den á su organismo otros desarrollos que los que nuestros egoísmos apetecen; su carencia de vida mental, para la cual no tiene preparación ni estímulos; la posición de aparente supremacía y de inferioridad verdadera en que la sociedad la confina, mutilan la actual civilización del mundo, al privarla de colaboraciones importantes, cuyo precio no puede ahora medirse, pero es dado calcular ya, por la trascendencia de la obra femenil, aun en esas condiciones desfavorables, desde que el cristianismo primero, y más tarde, en mucho mayor grado, la reforma religiosa y el individualismo sajón, dieron algún campo á la mujer para el ejercicio de actividades superiores. El matrimonio y la familia cuando sean las obras de dos seres incontestable y completamente iguales llegarán á ser algo bien distinto de lo que en tales conceptos conocemos.

¡La propiedad privada!—es cierto que la vida no puede concebirse sin ella; el socialismo moderno no lo desconoce; lo que pretende es que la explotación de la tierra y las fuerzas naturales por nadie puedan apropiarse, y mucho menos dejarse como herencia y en la manera de cambiar de sistema en el asunto conciben atenuaciones y tanteos. Supongamos que en Costa Rica una revolución triunfante ó un dictador á lo Carrillo expropia los patios de beneficiar café, y si no los expropia, los fabrica, llevando á cabo en lo adelante esa tarea, y la de la conducción y venta en Europa del precioso grano, por cuenta del Estado, sin especulación alguna, deduciendo sólo del precio del café el gasto intrínseco de esas operaciones: es claro que si la práctica pudiera ajustarse exactamente á la teoría del caso, el resultado sería maravilloso.

Existe hoy un complicado feudalismo creado por las diferencias de fortuna: unos hombres son verdaderos y cuasi omnipotentes señores, y otros humildísimos vasallos. Es fábula lo de que la fortuna es el premio del trabajo: la mayor parte de las veces,—la regla casi absoluta,—es que provenga del azar, cuando no de las artes más pecaminosas, y el resultado del reparto, llamémoslo así, de las condiciones sociales, hecho por la culpa y la casualidad, no sería más justo si dependiera de lo que se llama el mérito,—que es premio de otra lotería en que apuntan números las condiciones ó predisposiciones, hereditarias ó no, con que se nace, y las que la educación y las circunstancias contingentes producen. ¿Y cuál es la consecuencia formidable? Este en el fango, en la picota, en el presidio,—aquel en el palacio; aquel hambriento, harto el otro; quien en el pináculo, quien en la sima, y á veces, por turno, uno mismo



en ambas partes. Que las iniquidades de la distribución social son inmensas está fuera de duda, y no lo está menos que ello depende del azar. ¿Qué somos los hombres, para quien nos mire en medio de nuestros egoísmos, de nuestras avideces, de nuestras iras, de nuestras pueriles vanidades? Fantoches movidos por unas cuerdas que se ven y que maneja la mano de un maquinista caprichoso. La mayor parte de lo que decimos es mentira, y ni siquiera se trata de mentiras que decimos con plena conciencia y por cuenta enteramente propia, sino de mentiras que nos dicta algún interés mezquino ó algún miedecillo ruin de que somos juguetes. Mentiras en amor, mentiras en amistad, mentiras profesionales, mentiras de la vida pública; y todo ello, en el fondo, juego de resortes y manejo de cuerdas. Y lo más curioso es cómo nos indignamos los unos con los otros cuando creemos que la cuerda ajena se columbra un poco mejor que la nuestra. ¡Cómo nos echamos en cara mutuamente las habituales fantochadas! Allá vá el fantoche muy satisfecho porque lo hicieron muy bonito, ó porque lo hicieron mejor, ó porque como instrumento de preclara inteligencia le pusieron una lucesito en el cerebro; allá vá muy orondo ¿qué es? un muñeco: él no ve las cuerdas con que se le maneja; pero nosotros las estamos contemplando, y muchas veces, para nuestra ventaja ó por puro entretenimiento, ponemos la mano en el resorte.

Dada la constitución social del momento histórico, hay grandes injusticias inevitables, incurables, mientras esto no cambie, que son como matemáticamente precisas: las ambiciones torpes y las envidias ruines tienen el éxito seguro. Y aun cabe más en las costumbres de la época: cabe que un gran inventor agonice de hambre sin encontrar los medios de

realizar su obra redentora, en tanto que un gran talento de garganta,—un tenor soberbio ó una soprano de raras facultades,—ocupe el ápice de las alturas envidiables.

La religión no da remedio para el caso. He tenido ya con otros propósitos la oportunidad de contarle. En el siglo XV, un fraile, Gerónimo Savonarola, fué quemado vivo por rebelde á la autoridad de la Santa Sede y por hereje; para obtener el suplicio, el Papa amenazó la ciudad que le servía de abrigo con un *entredicho* universal, que hubiera arruinado su comercio. Antes de morir sufrió siete veces el tormento de la cuerda, abriéndose, al fin, su cuerpo por bajo de los brazos, y siendo preciso interrumpir el suplicio por miedo de privar á las llamas de su presa. Pero semejantes crueldades no pudieron triunfar de su prestigio. Hubo grandes glorificaciones artísticas de su recuerdo y de su nombre en bronces, tefas y medallas; la Santa Sede dejó vender en Roma imágenes suyas á cuyo pie se le llamaba Doctor de la Iglesia y se le invocaba como mártir; durante más de dos siglos, las jóvenes de Florencia mantuvieron sembrado de flores el lugar de su tormento; Rafael de Urbino lo colocó entre los Padres del Catolicismo en un cuadro suyo pintado en el recinto del Vaticano. Santa Catalina de Ricci lo invocaba en sus oraciones. San Felipe Neri se conmovía hasta las lágrimas pidiendo á Dios que restaurase su nombre. La Italia entera veneró su memoria. La Cristiandad pidió su intervención en el cielo para purificar el mundo. Nadie que de imparcial se precie puede desconocer que fué un cristiano en el único sentido lógico que puede tener ese vocablo.

La hermosa Florencia era entonces impía: el



galanteo acudía todas las noches á la reja de los conventos, sin otro velo que el de las sombras que daban mayor hechizo á la cita. Cortesanas impúnicas servían de modelo para las imágenes de María, — y en general los retratos de mujeres hermosas y no muy crueles representaban con sus retratos todas las santas imágenes. Cuando los artistas buscaban modelos en las novicias de las comunidades religiosas, las consecuencias eran peores, como en el caso de Fra Filippo Lippi. Hubo fortunas que se disiparon en los gastos de una boda ó de un entierno. Todos los usos, todos los trajes, todos los detalles de la vida tenían extravagante magnificencia. La adoración por las bellas artes rayaba en locura, y los gastos que esto traía consigo acarrearba enormes despilfarros. Las carrozas antes desconocidas, los utensilios, antes nunca vistos, los trajes, llevados á una delirante suntuosidad, se modificaban á cada momento. La prodigalidad, la lascivia y la soberbia eran como las tres virtudes teologales de aquella vida: Florencia era la capital del arte, del buen gusto y del vicio.

Es cierto que el veneno estaba en el aire de la época. Era aquel el tiempo en que Fernando el *Católico*, Rey de Aragón decía serenamente: recuerdo haber hecho muchas promesas: pero ni de una sola que haya cumplido. La época en que la Canosa no era la única cortesana que tenía parte en el manejo de la Iglesia. El tiempo en que se vendió alguna vez la tiara en pública almoneda. La época en que más preocupaba á los Príncipes el hallazgo de una medalla desconocida que la pérdida de una provincia, y el hijo de sus *amigas* que el hambre de sus pueblos. La época en que todos los crímenes quedaban cubiertos con una indulgencia comprada al

Cielo ó á la Tierra ó excusados por el despliegue de algún talento artístico. La época en que el Aretino ponía en una balanza ante los reyes y los grandes señores las más viles lisonjas y las más torpes calumnias, y los invitaba á colocar oro en un platillo para que la balanza se inclinara en su provecho. Era aquel el tiempo en que la hija de un Papa era disputada por dos hermanos suyos, uno de los cuales mataba al otro. Era el tiempo que «El Príncipe» de Maquiavelo, que había de pasar por una sátira enorme, copiaba, haciéndole favor en la pintura. La época en que por una rencilla de dos príncipes, dos pueblos se obstinaban en desangrarse mutuamente; el tiempo en que, bajo el manto de la razón política lo más ilícito parecía permisible, y en que bajo el manto de la Iglesia nada parecía ilícito. La época en que un valiente general italiano estrelló contra una muralla á los hijos de un enemigo suyo, degolló á la mujer, que estaba encinta, y clavó en la puerta al pequeñuelo, siendo muy aplaudido por lo duro de su venganza; la época en que César Borgia era Cardenal á ratos, á ratos Duque, bandido siempre. Era aquel un tiempo en que la hipocresía era la única forma de la virtud; pero no por eso se empleaba muy á menudo; sin exigirse, por ejemplo, de un papa en ejercicio, que dejara de reír francamente de los tontos que creían en Dios. En ese momento en que toda frontera moral, toda línea divisoria entre lo bueno y lo malo parece borrada, y en que Savonarola gemía por los pecados del mundo con elecuencia cuyo estro era el fervor de sus convicciones y propósitos, apenas se concibe que en nombre de Cristo se le persiguiera. Si de él podría decirse, acaso, que tuvo intemperancias de predicación que irritaron, con motivo, á la Santa Sede, nada de eso pudiera ale-



garse en el caso del famoso santo de Asís, cuyas predicaciones sublimes, virtudes preclaras y supuestos prodigios, no fueron inferiores á los de Fray Gerónimo, llegando á oponerse á que se cazara un lobo que hacía grandes perjuicios en los rebaños y yendo á conferenciar con él en medio de la selva. El «hermano lobo,» como lo llamaba el Santo hombre, aceptó el trato de ser alimentado sin hacer daño; pero los lobos humanos de aquel tiempo continuaron sus rapiñas de costumbre, sin que se arrodillaran las soberbias y envainaran su espada las iras, como, en medio de prodigios, aceptos á la fantasía é ignorancia del tiempo, lo pretendía el apóstol de Asís. La idea de que estamos dispuestos por la naturaleza para convertirnos en ángeles, de que quien duerme ó se desmaya es como un trozo de piedra; pero quien se muere, sigue pensando y existiendo mentalmente para siempre, apesar de que su cerebro se pudre y acaba por desaparecer,—no ha sido hasta ahora, ni hay anuncio de que será en lo futuro, preventivo eficaz contra los embates del egoísmo y de las malas pasiones que su propia naturaleza inspira á los hombres; las cuales, sea dicho de paso, como no han sido inventadas por él, hay que cargar en cuenta á la inteligencia soberana é infinitamente buena creadora del cielo y de la tierra, sin que se salga de la dificultad con acudir al Diablo, lugarteniente y especie de verdugo de nuestro padre misericordioso, según el mito á que aludimos, pero obra é invención de su sabiduría y bondad inconmensurables en la misma leyenda. Quien sacó de la nada la vida, pudo sacarla, si era omnipotente, sin sus posibilidades tormentosas y nefandas, y si era infinitamente bueno, así debió hacerlo: tal es el punto de vista del Nihilismo.

Se llaman leyes las condiciones de enlace y dependencia entre varios fenómenos distintos; las que se refieren á la vida social humana constituyen el Derecho. El hombre, lo repito, tiene dos movimientos como nuestro planeta: el centrífuga de sus instintos sociales y el centrípeta de su egoísmo, por lo común triunfante, aunque con con atenuaciones de no pequeña importancia y casi incesantes disimulos. A través de los siglos, el impulso social ha progresado paso á paso, hasta el punto de confundirse con su antogonista y aún de supeditarlo. La formación de la Historia, que en esa lucha, antes señalada, consiste, es bastante análoga á las evoluciones con que el planeta se ha venido organizando: los sedimentos de materia inerte ó de la sustancia del pensamiento reunidos y cuajados en larguísimo tiempo; por allí volcanes, por aquí revoluciones; filtraciones que producen en grutas maravillosas las estalactitas fulgurantes, ó prodigios del arte humano en que las fantasías resplandecen; la esmeralda, el rubí, el diamante que se cristalizan, ó los principios que se constituyen. En el desarrollo de lo que se llama la vida moral humana, la familia de pueblos que se conoce con el nombre de raza latina, y la que se llama anglo-sajona, encarnan principalmente dos aspectos distintos del Derecho.—El *individualismo* en el progreso anglo-sajón, y la costumbre de *vivir* el Derecho, en vez de considerarlo como un artificio exquisito, han hecho posible la libertad personal casi completa en medio de una sociedad tan fuerte como feliz, si bien para esto no se ha mostrado por ese grupo de pueblos traza del talento técnico de los latinos, de los romanos heredado, hasta el punto de que lo que forma entre ellos el Derecho privado, y aún grande parte del público, es un conjunto de



lo que con aversión justificada llamaba el rey Alfonso X de Castilla «juzgar por fazañas é albedrios».

Los latinos, por otra parte, en asuntos de la mayor importancia, han estado en situación análoga á la de aquellos hambrientos de quienes habla el humorista Heine, que para calmar los tormentos de su apetito se entregaban á la lectura de un manual de cocina.

Con más racional acercamiento del que hoy existe entre ambos grupos humanos, caben grandes influencias y enseñanzas mutuas de trascendentales ventajas.

Lo que ese contacto podría traer de más benéfico entre nosotros es el respeto y la tolerancia de la opinión y el interés ajenos; la práctica sincera del sufragio, para que la autoridad resulte, á la manera de la razón en el individuo, el exponente moral é intelectual de la sociedad que dirige; el verdadero *principio de autoridad*, que no consiste, como nosotros lo entendemos, en que los errores y los crímenes de una autoridad, aunque lo sea simplemente de hecho, deban encubrirse y sostenerse, sino en que no se tolere como autoridad de hecho la que no lo sea de derecho, y en que ésta sea perfectamente responsable de sus actos; la organización independiente del poder Judicial y su caracter de árbitro supremo en las controversias entre gobernante y gobernados; la descentralización de todos los servicios públicos, siendo elegidas, además, por el país sus autoridades inmediatas, sin lo cual jamás habrá libertad en estos pueblos, por la falsa noción de que el nombramiento del último agente de la autoridad en la región más remota debe depender del Jefe del Estado, mientras que en los Estados Unidos del Norte es frecuente el caso de que el Presidente de

la República pertenezca á un partido político y á otros lós Gobernadores de estados de grande importancia, sin que haya, ni pueda haber, por eso, conflictos que no es dado concebir donde la administración está excentralizada.

Ahora bien, nada tienen de incompatible un individualismo radical en cierta región del Derecho, y un bien entendido socialismo en otra. La cuestión religiosa, por ejemplo, es de aquellas en que no se concibe la menor intervención social, porque la hipocresía podrá imponerse, pero no la creencia, y porque en este terreno las más amplias libertades individuales coinciden sin estorbarse mutuamente. El derecho de creer, el de pensar, el de decir, sin cortapisa alguna, su pensamiento; el de asociarse para fines lícitos, son tan espontáneos y sencillos en el anglo-sajón como puede serlo en nosotros la función respiratoria, y no se estima por ellos, de cierto, como de menos importancia.

La idea del divino Platón de educar en común á los ciudadanos de la República, ha tenido la aplicación que era discreta, en los tiempos modernos, por medio de la instrucción primaria gratuita y obligatoria. Entiendo que tiene la mayor importancia el punto que ahora toco, y voy á decir cándidamente cuanto acerca de él pienso, por más que no se esconda á mi noticia cuánto de visionarias pecan mis ideas á los ojos de importantísimos criterios.

Soy de los que creen que no ha llegado para el mundo la hora feliz en que las sociedades racionales puedan prescindir definitivamente de la guerra, y pues que no ha llegado, estimo que ciudadano y soldado de la patria son dos aspectos de una entidad indivisible, y juzgo que no puede haber democracia donde los elementos que merecen tenerse en



primer término por varoniles se sacan del pueblo y se colocan en cierto modo frente á él como en son de amenaza y desafío. La milicia nacional debe estar formada por todos los ciudadanos del país, pres-tándose el servicio por turno riguroso, que á nadie excluya, y que ningun arbitrio altere, y en las escuelas públicas debe empezar el ciudadano á someterse á la saludable disciplina, que no forma autómatas como algunos ilusos entienden, si va acompañada de la educación que al ciudadano corresponde. Una página sólo añadiría yo á la excelente cartilla de *Instrucción Cívica* que el país posee, y con las nociones y los conceptos en ella contenidos, á más de los que ya reúne, desafío á que haga autómatas de los niños, que con su enseñanza se familiaricen, la disciplina militar; por lo demás, sólo el día en que soldado y ciudadano sean términos que se correspondan y completen, cesarán las funestas cuarteladas que á estos países empobrecen y deshonoran. Completada la cartilla de la instrucción cívica con algunas cortas explicaciones, que á mi ver le faltan, acerca de los derechos individuales, de la función municipal, y del ministerio verdadero y completo de la Justicia del país, así como del carácter y la trascendencia del sufragio, debía añadirsele un libro de lectura que diera las ideas fundamentales de la ciencia moderna: conceptos claros y sugestivos de los métodos con que el pensamiento humano ha conquistado la ciencia que posee, de los puntos de partida de ésta, de sus horizontes actuales, de sus instrumentos y caminos. El libro en que aprendemos á leer graba para siempre en la memoria su enseñanza y su influjo, y ya, por otra parte, que todos los ciudadanos no pueden ir á Institutos y Liceos, en el camino que señalo hallarían cierta compensación

para la gimnástica mental que pierden, algunos que, acaso, hubieran sido por ella los más aprovechados. Como lo dije en una de las conferencias anteriores, la ciencia no comenzó de veras su marcha majestuosa sino después que la Reforma religiosa rompió los lazos que la aprisionaban en la Sacristía. No pueden, los que sostienen lo contrario, negar que con Galileo, y sobretodo con Newton, ha empezado la verdadera ciencia del mundo y de la vida. La admirable fijación de la ley de la gravedad, así como el descubrimiento del cálculo indirecto, forman con los trabajos astronómicos y físicos de Galileo, el verdadero punto de partida, no sólo de la ciencia, sino del modo de pensar científico. La conquista y manejo de la electricidad; la geología y la química, que sólo nuestro siglo ha sabido de veras, dan las bases de la investigación única posible acerca de los problemas que más nos interesan. Los trabajos de Pasteur han abierto ante nuestros ojos el mundo de lo infinitamente pequeño; nos han enseñado á comprender las fermentaciones; nos han explicado la vacuna, que empíricamente practicábamos, y han iniciado por lo mismo una medicina nueva, que llegará un día, según legítima esperanza, á modificar nuestro organismo moral por una higiene trascendente y una alteración, que no juzgo irrealizable, de nuestras condiciones orgánicas. Sólo el mundo moderno ha podido por el anfiteatro anatómico, que el fanatismo hubiera mirado con horror, por las atrevidas investigaciones que lo precedieron acerca de la circulación de la sangre, por ejemplo, y por los inmortales hallazgos de Cuvier sobre la anatomía comparada, penetrar hasta donde es posible á la inteligencia humana el interesante misterio de la vida. Sólo nuestra época hubiera podido encontrar la luz X y el te-



légrafo sin hilo conductor de la corriente eléctrica, y ponerse á la tarea, de no lejano éxito, de andar bajo las aguas, y cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien, y sólo en ella no parece demencia soñar en la trasmutación de la materia y en vencer al cabo todas las asechanzas de la muerte. Dar la base y esencia de la sabiduría moderna é indicar sobretodo sus métodos y sus caminos, es perfectamente posible, aunque no falten pedantes que lo nieguen, en libro sencillo y de interesantísima lectura, que se agarre á la mente y se clave en la memoria de los niños. La educación física, de que tanto cuidan los ingleses, y de que aquí ni siquiera se tienen nociones adecuadas, completaría la educación intelectual, contribuyendo, además, á su buen éxito. No es quimérico ni vaporoso, como no faltará quien lo pretenda, enseñar á nuestros niños á decir sus ideas y á discutir las sobre todo; que los gobiernos de libertad son gobiernos de opinión, y por lo mismo de controversia y de palabra, y el miedo cerval que nuestros gobiernos tienen á la prensa y la tribuna, muestra de una parte su falta de educación en la materia, y se origina, en algo, de la otra, en nuestros vicios para discutir, y en nuestra propensión á perder la calma y á envenenar con elementos malsanos nuestras discusiones. Hay que hacer ensayos en la vida escolar del ejercicio del sufragio para ciertos asuntos; hay que amaestrar á los niños en la distinción esencial de lo que pertenece á la disciplina que honra á quien la obedece, lo que atañe á la discusión en que el voto de la mayoría debe en calma aceptarse y lo que toca al reducto de la conciencia individual y á su autonomía sacrosanta. Hay que darles menos de lo antiguo y esto de manera que sientan el sabor añejo de lo que tomen de ello, y no

se les escape el aroma peculiar suyo, y mucho más de lo moderno. Hay que dejarles ver de la historia aunque sea sólo lo esencial, pero no como cadáver de anfiteatro, sino como drama en movimiento. De las lenguas muertas un análisis sucinto; que las estudie por dentro quien á ello especialmente se dedique. Que aprendan á servirse de su idioma, y que no queden sin saber el misterio de la belleza poética y la intensidad de expresión que caracteriza la elocuencia. Todo esto que he dicho, y que cualquiera llamaría programa largo, en el libro de lectura cabe, en cuanto á las nociones, y en la disciplina de una escuela elemental, en cuanto al ejercicio, si con buenas reglas se conduce. Y no lo he dicho todo.

Hay todavía por ahí quien enseñe *Psicología* y aun quien enseñe *Metafísica*. Lo único que es sensato, en esta parte, es enseñar lo que conocemos de la función y de la disciplina de nuestra inteligencia: claro concepto de nuestro organismo cerebral y del de los sentidos; lógica de la reflexión, además, en vez de lo que por psicología se entiende; lógica de la voluntad, en vez de la moral; lógica del arte, lógica de la historia, lógica del Estado; y más que todo, el estudio crítico histórico de las falacias en que ha caído el entendimiento humano, influenciado por la imaginación y el sentimiento, y de cómo se ha levantado de sus caídas y llegó á la mayoría, no hace mucho tiempo. Con decirles á los niños en breve y claro concepto general cual era la astronomía de los antiguos y cual la de los modernos, se les enseña, quizás, más de filosofía verdadera, que con laborioso curso de los que todavía andan por ahí, los libros de los cuales deben ir ya á reunirse con los volúmenes de versos á los cabellos de Dorila y á los suspiros de Filis que hay quien



siga escribiendo sin darse cuenta de que el tren pasó hace tiempo por esa estación y está mucho más adelantado.

Y de la educación matemática de la inteligencia, que á nadie es bueno que le falte, dará primicias al niño el libro de lectura, extractando algunas ideas del magistral trabajo en que Augusto Comte dejó explicada la historia de su lógica especial y en que, sin que el maestro se fijara en ello, quedó también hecha la lógica de toda demostración y, por lo mismo, la lógica de la elocuencia. La matemática, como él lo explica, no hace otra cosa que buscar el camino para medir *indirectamente* lo que por el camino usual no puede medirse, y su procedimiento queda patente con el ejemplo de quien estando junto á un abismo no tiene instrumento que le diga su profundidad; pero tiene una piedra y un reloj, y por el tiempo que tarda en oírse el sonido de aquella en el fondo sabe con exactitud la profundidad de la sima. Cuando se raciocina, no hacemos otra cosa: buscamos la cantidad mental que sirva de piedra de toque, por los dos contendientes aceptada, á las doctrinas que ambos sustentan, y si ese criterio común, que sirve de *función*, en este caso, para hablar el idioma del álgebra, se encuentra y se fija con cuidado, el resultado de la controversia, confiéselo ó no la vanidad del derrotado, es el que los derechos de la verdad pueden apetecer. Siento que mi plática por su índole no pueda detenerse más en esta materia, entrando en detalles que son de tanto interés como importancia.

La propaganda serena, desinteresada y persistente de la verdad, acaba siempre por asegurarle el triunfo, alcanzándose por ella, bien pronto, la asociación de esfuerzos racionales en un mismo sentido:

la Historia lo demuestra con ejemplos numerosos. A la forma transitoria de los *mecanismos* con que actualmente la ley de sociabilidad se cumple, ha de sustituirse, en plazo no remoto, el conjunto de *organismos* que la asociación espontánea constituirá para reemplazarlos y llegará la hora en que el *egoísmo* de cada hombre no esté satisfecho sin la satisfacción cabal de sus impulsos de sociabilidad, hallándose la fórmula que á la dicha de toda nuestra naturaleza responda. Entonces nadie tendrá que tender la mano para pedir socorro y nadie se alzar<sup>á</sup> estúpida-mente soberbio sobre los hombros de otro: un cristianismo sin espasmos ni alternativas y contradicciones, reinará sobre la tierra; hay que prepararlo, ¡jóvenes que me oís: jamás se dió mejor negocio, ni más alta hazaña, ni más noble andante caballería que trabajar en algo para tan altos fines! ¿Qué ideal de los que actualmente parece contemplar el mundo puede compararse con éste? El de las religiones,—si de éste, del de la íntima y fraternal sociedad humana, se le separa,—no es más que un egoísmo que anhela bienaventuranzas más allá de la tumba; el del arte, el de la ciencia, meras vanaglorias personales, si á su contemplación no atienden; el de la política, juego de palabras é hipócrita encubrimiento de vanidades y soberbias, si en la dicha del mayor número no se cifra, en resumen. Somos, aquí en el planeta, en medio de las crueldades de la naturaleza y las imperfecciones de nuestro organismo, como pasajeros de un buque que hace agua en el centro de arrebatadas olas. Si no nos acercamos y nos unimos, si no nos auxiliamos y nos confortamos mutuamente ¡miserable destino el de este pretense rey de la creación, inferior, en suma, á todos los demás seres que la pueblan, más capaces, en definitiva, de



compatibilidad y de concordia en todo caso en que ven de cerca un gran desastre común, é incapacitados, en su feliz ignorancia, para estar mirando, como nosotros, de hito en hito, el gran desastre de la vida!

---

## La fábula griega

*Conferencia en la Academia de Medicina,  
la noche del 23 de Abril de 1899.*

SEÑORAS Y SEÑORES:

La Grecia, antes de ser el hermoso pensil de la fantasía, que tanto admiramos en la Historia, fue como la selva virgen de la imaginación, cuando, como ya lo ha pintado un poeta ilustre, parecía adelantarse en el azul movible del Mediterráneo, temblorosa é impaciente, aguardando el beso de la civilización, á la manera de la doncella tímida pero curiosa, que aguarda la primer visita del esposo. En vez de lo que podría llamarse el rosal florido, la camelia llena de majestad, la dalia opulenta, la violeta de perfume sutil y penetrante, había en ella entonces la vegetación desordenada y pasmosa de un bosque de ficciones,—el dominio imperial de la dulce mentira poética,—invención feliz de una divinidad propicia, para atenuar las realidades horribles y grotescas de la vida.

Así, todo á sus ojos se magnificaba. No es un fenómeno físico el que rompe con su luz el velo de la noche: es la divina Aurora, que precede al carro refulgente en que Apolo mismo excita la cuadriga radiante; no es el golpe del sonido contra un obstáculo que encuentra en su marcha, lo que hace que se repita una ó varias veces: es la bella ninfa Eco, loca de amor, que corre entre la selva; no es la sal-



vaje armonía de agua que se quiebra entre rocas lo que anuncia y precede á la sirte peligrosa: es el canto de las sirenas crueles, ansiosas de atraer para su pérdida al navegante incauto; no es la sonrisa de una mujer encantadora la que enciende en el pecho la fiebre tormentosa del amor; es la flecha de rapaz donoso, hijo de Venus, que se entretiene en arrojarlos su saeta. ¿Oís cómo silba el viento entre las ramas? son las ninfas que juegan. ¿Véis cómo se estremece y se hincha el mar, que el aire llena? es Neptuno que pasa; y así, casi sin límites, sin más límites que los del mundo conocido, la flora de mentiras hechiceras con que la imaginación de aquel pueblo genial cubre y perfuma todas las asperezas de la vida.

En ese edén de la ficción, Apolo, la divinidad del día, es también la de los artistas, y así propiamente de la misma aljaba, sale la flecha de luz que atraviesa y aniquila la sombra de la noche, y la que rasga los velos con que la vida material envuelve nuestro pensamiento, y lo aguija, y lo acosa, hasta hacerlo volar,—mariposa enamorada de lo sublime,—en busca de las regiones, que sólo la fantasía mira sin vértigo, en que la estrella de lo ideal expande el resplandor de su misterio. El arte y la luz tienen así la misma fuente, el mismo camino, el mismo numen en lo alto, como tienen en la vida la misma misión, el mismo empeño: hacernos mirar hacia arriba, desapegarnos de lo oscuro y lo mezquino, hacernos sentir aquellas alas de que hablaba Platón, con que subimos sin estorbo á las regiones de la belleza incorruptible.

Tenia aquel pueblo la adoración de la forma, la religión de la belleza: su poesía no fué, como suele ser la nuestra, menguado artificio en que se finge

una vida distinta de la real, y en que la música de la expresión depende casi por entero de un sonsonete pueril y fastidioso: la poesía griega copiaba la vida como espejo maravilloso, pero con selección tan atinada, con interpretación tan exquisita, con simbolismo tan admirable, que, batallen sus héroes ó siéntense á las delicias del banquete, esgriman la lanza ó disputen sobre la cautiva que dos grandes guerreros, pastores de pueblos, apetecen, quedamos, aun asistiendo de tan larga distancia al espectáculo, absortos y embebecidos, como si presenciáramos que se realizase cuento de magia ó prodigio de hechicería: y advertid que entonces, ruda y sencilla la existencia, no estaba adornada con los embelecocos que ahora nos fascinan, y ni el traje era una máquina complicada, ni el tocado una ciencia difícil, ni los utensilios del hogar formaban un confuso laberinto. Cuando nos entramos por las páginas de Homero, como por entre altos y corpulentos árboles de encantada selva,—¡qué espectáculo, sin embargo!—Tal como si estuviéramos en otro planeta; y aquella lengua, es decir, aquella forma de poesía, apenas en nuestra ignorancia entrevista, tal como si se descubriera un metal nuevo ó una nueva piedra preciosa; y el ritmo, el secreto del lenguaje poético, música verdadera, no de rimas fastidiosas, sino de acentos admirables, que dan al idioma, no apariencia de juguete de niños, sino estructura tal, que la idea marcha en él lenta y severa, ó salta y danza, en arrebatados giros; apenas disimulada, apenas vestida, mostrando las curvas de su forma íntima, á la manera que en los opulentos mármoles que en ruinas poseemos, sin pudor mentido, *desnudos los pechos palpitan*tes, como dice Núñez de Arce, sin disfraz el torso robusto, sin cubierta apenas que turbe el es-



pectáculo de la egregia apostura, luce la Venus que los griegos soñaron, ó el Hércules magnífico, ó el Apolo altivo; sacramentos de lo ideal, cristalización excelsa, como por genios de dioses realizada, de las ideas de la fuerza, la inspiración, la belleza femenina; condensación magistral é insuperable en que la fantasía griega luce el poder con que penetra hasta el fondo de los abismos recónditos de la naturaleza, y saca afuera, en mitos singulares, lo que se esconde en las entrañas del misterio que tiende á nuestro derredor sus velos, como telas de araña, en que nuestra eterna curiosidad se agita y nuestro ansioso pensamiento se atormenta.

Bien sé que hay un reparo que oponer á las ideas que en pro del cultivo de las artes, antes que desarrollo, me contento con indicar someramente. En Grecia como en Roma, en la corte de Lorenzo el Magnífico como en la del brillante Luis XIV, el arte ha sido á veces especie de cortesano indigno, que pasaba del delirio Apolíneo al Báquico delirio, que puestas de hinojos para impetrar la inspiración del numen, permanecía de rodillas para desempeñar las funciones de vil cortesanía; y el olvido de los intereses terrenales de su fiebre sublime se ha confundido á veces con el abandono de deberes muy altos y de los intereses más sagrados. No es, por cierto, ese arte el que pondero, y en cuya pro me exalto. Rindo homenaje al arte que es elevación de todo el pensamiento, al que ennoblece la vida, al que purifica el deseo, al que agranda la visión de la realidad común, y pone en contraste con ella el fantasma sublime de lo que es de veras bello en esta vida, que es lo que es en ella noble, verdadero y fecundo.

Es aquel arte, en cuya contemplación, que era luz de su época, se educaban los héroes para morir

por el deber, y para beber por la verdad la cieuta el docto Sócrates; el que hacía sonar como clarín formidable la lengua de Demóstenes contra el tirano macedonio; el que inspiró la tragedia de *Los Persas*; el arte alzado y bello que dictaba sus versos á las indignaciones de Juvenal,—tremendo como el arcángel que hablaba á veces junto al oído de los profetas de Israel; jamás abyecto cortesano, ni tampoco ministro de la orgía.

Si se estudia con detenimiento la urdimbre de los mitos que los Griegos idearon, y se tiene en cuenta que esa obra inmensa debió ser producto como espontáneo de la fantasía, no la obra de un poeta ó de un sacerdote; sino algo como la poesía popular de autor anónimo que admiran y recuerdan orgullosas aun las naciones más civilizadas cuando la poseen, la superioridad á ese respecto del genio heleno resulta indiscutible. ¡Qué invención tan ingeniosa é ideal la de aquella fábula sutil! ¿A quien no hechiza la leyenda de aquellos montes: el Parnaso, el Helicon, el Pindo en que el laurel, el enebro y el mirto consagran su frescura y su belleza para alivio y adorno de la fiebre del arte, y corre la fuente Castalia sosegada, para ofrecerle la inspiración que sus ondas encierran; envueltos en los pliegues del *peplum*, hiriendo con el plectro las cuerdas de la lira, los dioses mismos se extasían, cautivos del hechizo que el arte soberano impone aun á los seres inmortales; y ya se narran con magnífico acento las hazañas de Hércules, ya se celebran las nupcias del Sueño con una de las Gracias, ya se lamenta la aventura de Psiquis,—símbolo del alma,—que amada por el Amor mismo y advertida por él de que el misterio y la sombra son indispensables para que no se turbe su ventura, cede á la curiosidad que la



atormenta, quiere contemplar la belleza de su ídolo, enciende cautelosa una bujía, y absorta en el embeleso que haber penetrado el misterio le produce, comete una imprudencia que hace que despierte el amor, y huya y se desvanezca dejándola aterrada y viuda. ¡Símbolo eximio de esta vida nuestra en que el placer se sueña más que se goza, y en que el mínimo contacto de la realidad basta para que los delirios se evaporen y se desvanezcan los encantos! <

No caben en mi plática modesta todas las bellezas de aquel tesoro, ni es mi intento amenguarlas, diciéndolas, torpemente, de prisa, fuera de las condiciones necesarias, en fin, para que luzcan su primor incomparable: levanto, sólo, una punta del velo que las cubre, —que más no cabe en mi palabra. Las señalo á vuestro estudio, las evoco en vuestro recuerdo, seguro de que con eso se abren horizontes espléndidos y surgen fantasmas de singular belleza y donosura en la mente de cuantos me otorgan en este momento la merced de su atención. Bien está decir que la vida no vale sino por su prosa corriente, por su vejetación oscura, por los intereses materiales que la alimentan y vigorizan: después de todo, lo que eso quiere decir es que no vale sino por los goces que produce, y no hay manjar terreno, ni vena de las viñas que compararse puedan al néctar delicado y á la ambrosía exquisita, símbolos del Arte y alimento de los dioses del Olimpo en la fábula griega, que supla ó se asimile al hechizo bien real, á la caricia de la sensibilidad, al goce en lo hondo sentido con que el arte nos inunda, haciéndonos olvidar nuestras congojas de la vida real, transformando en sublimes ansias nuestros tedios, consolando nuestras tristezas; dando á la vejetación de la vida nuevo precio; abriendo á la mirada del pensamiento

nuevos horizontes, los únicos que le son del todo gratos y que alivian su angustia cuando golpea con el ala impaciente y dolorida la barrera del misterio tras el cual se esconde algo que busca, aunque no acierte á definirlo, ni siquiera á nombrarlo.

Los griegos vieron en torno suyo fenómenos que no eran el resultado de su actividad, de su agencia, y que á las veces iban en contra de sus deseos: los supusieron, por lo mismo, obra de una voluntad extraña: los vieron múltiples, y, no con poca frecuencia, contradiciéndose los unos á los otros, é imaginaron lógicamente divinidades varias, independientes, en cierto modo, entre sí; observaron fatalidades misteriosas que iban á veces contra el curso ordinario de esas voluntades superiores, y surgieron en su mente los mitos del ciego azar y del implacable destino, del cual, no sólo los hombres, sino los dioses, son en su fábula verdaderos juguetes. La ciencia experimental, escasa entonces, no alcanzaba á ver la fijeza, á veces terrible, á veces despiadada, siempre indiferente á nuestras cuitas, con que las estaciones ruedan, y las lluvias caen, y los aires se alborotan ó se amansan, y los sembrados florecen ó se abrasan; y cómo por el encuentro y choque de esas mismas leyes, que ocasionan indiferentes lo mismo el goce que la pena para los míseros humanos, ya la tibia y perfumada primavera parece alegrar para siempre los campos, abriendo y pintando los pétalos de la flor, derramando el perfume de su aliento en su crespó seno, hinchando la pródida simiente, dando verde á las hojas, anunciando el dulce fruto, desplegando en los aires y las aguas, en el cielo y la tierra virginal hermosura, cuando como por torvo ceño, como por hálito emponzoñado de una divinidad maléfica, viento de muerte arranca la rama, esparce



y barre las purpúreas flores, caldea y hace silbar el aire arrebatado, marchita antes que se redondee la dorada poma, contrasta con el hielo de la muerte la refulgente vida, y el hombre loco de angustia y sobresalto, cae de hinojos en el polvo, y levanta templos, y fabrica altares, y pide humillado por su dolor, con la fantasía y el sentimiento de su debilidad y de su miedo, la piedad de Ceres para sus campos, la piedad de Neptuno para sus mares, la de Júpiter para sus tempestades, la de Diana para sus cacerías, y ve detrás de cada sonrisa, ó cada aparente arrebatado de ira de la Naturaleza una deidad misteriosa, antes de que aleccionado por su perenne desventura, aguijoneado y engrandecido por su inmensa desdicha, haga penetrar el escalpelo y coloque el crisol del análisis en el seno mismo de la fatalidad que lo envuelve, sujete bajo la garra del puente el furor de las arrebatadas olas, mida con su compás la órbita de los astros, y los tome para pesarlos en el hueco de su mano, encienda con la electricidad un nuevo sol en el espacio, suprima con el telégrafo la distancia, con la imprenta el tiempo, con nueva luz el espesor de la materia, y mientras se prepara á desvanecer otros misterios, á cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien, y á vencer en definitiva todas las acechanzas de la muerte, vuelve la vista á los albores de la infancia, recuerda los vacilantes pasos de su niñez, y no puede soñar otra más bella que aquella que los mitos griegos hechizaron y en la que sobre las driadas y las náyades y las ninfas esbeltas, se alzaba la vista para contemplar á las divinas musas tendiendo el horizonte de lo ideal á la vista de la vida, para consuelo de su angustia y para alivio de sus inexorables dolores.

Carezco como lo veis, de las condiciones necesi-

rias para ser vuestro guía á través de aquella literatura y de aquella filosofía helénicas, frondosas como nuestras selvas americanas, y en que, para recordar inmortal pintura de incomparable poeta nuestro, á cada paso detienen la vista y cautivan la atención

la rosa de oro y el vellón de nieve de fantasías exhuberantes, y *emula el del safiro y el diamante* el brillo de inspiración magnífica. Aun en la plática de aquel pensador, relativamente severo, con cuya palabra, según apólogo peregrino, fabricaron alguna vez las abejas griegas la miel de sus panales, luce de tiempo en tiempo la ficción mitológica sus hechizos lozanos. Y si á la amena literatura volvemos la vista ¡cómo se engarzan entonces sus fábulas á la manera de piedras preciosas en el oro purísimo con que el cisne Tebano, el jónico Anacreonte ó la calandria de Lesbos forman el tejido de sus inspiraciones líricas! La historia y aun la ciencia reciben sombra propicia para su labor, en cierto modo austera, en aquellos mitos que envolvían amenudo profundas enseñanzas, á la manera de jugosa fruta que esconde en dorada y espesa piel su almíbar regalado; mas es en el Teatro, en donde se despliega por entero su magnificencia,—ya en el del profuso Aristófanes, cuya verba satírica se agita y hierve al estilo de cálido mosto, cuando pinta los charlatanes políticos de su tiempo, que adormecen con charla audaz y mentidos mirajes á los pueblos, y se apoderan de sus libertades y usurpan su albedrío, ya Sófocles y Eurípides y el monumental Esquilo levanten sus creaciones sobre las tablas de la escena.

Homenaje inmenso ha pagado la crítica y con ella la admiración del mundo, al teatro inolvidable del gran poeta inglés,—teatro en que palpitaron las pasiones humanas desnudas, y se oyó por vez pri-



mera, acaso, su verdadero grito. Nada supera á mis ojos la elocuencia con que hablan allí los arrebatos emocionales y aun las ideas extraordinarias que caben en la vida. No quiero dar importancia en la comparación á los recursos artísticos del teatro griego; no quiero hablar de sus máscaras trágicas, de sus coturnos, ni de sus coros admirables, y ¡cuidado! que un análisis de esos instrumentos técnicos serviría acaso en mucha pró del genio que los presidía. Más á lo que mucho se ha dicho contra el artificio de sustituir las humanas pasiones con la intervención de influjos sobrenaturales; á la censura del Orestes movido á la venganza por voces de lo alto, perseguido por las Furias, en vez deser lo por los remordimientos, aliviado y perdonado por intervención del cielo, en vez de serlo por la eficacia de su propio dolor, respondo que, en cuanto á mi criterio jamás hubo más trágica verdad que esa que presenta fuera de nuestra mano la rienda de la vida, llevada por inspiraciones que vienen de fuera ó por impulsos que salen de lo interior de nuestro pecho, de la convulsión de nuestros nervios, del oleaje de nuestra sangre, sin que acertemos muchas veces á evitar su acción ni á sofrenarlos y tenerlos por la rienda,—que no hay acaso nada de más profundo y exacto en la historia del arte y de la vida que las sombrías fatalidades que llenan el teatro de los griegos. Y no quiero seguir; porque anhelo que un eco de aquella grandeza suene en mis últimas palabras. Y me contentaré con recordaros el Prometeo mitológico, que el teatro de Esquilo evoca; permanente, no superado, símbolo del genio; de Prometeo, que castigado por Júpiter, por haber robado, para que lo aprovecharsen los hombres, el fuego del cielo, es sometido á tormento perdurable, atado con ferrea

cadena sobre una montaña del Caúcaso, mientras hambrientos buitres devoran sus entrañas, que renacen sin cesar, para que el tormento no se agote: emblema del trágico destino que toca por lo común al genio, sujeto á la roca de las preocupaciones, mientras lo insulta la calumnia, mientras la envidia lo muerde sin cansancio; y emblema hasta cierto punto, de toda la humana existencia, atada á la roca de su impotencia mientras la devoran sus deseos, y sin otro alivio que el que, así como en la tragedia del sublime poeta traen al torturado las ninfas del mar con su canto de piedad y de consuelo, —sin otro alivio que el que las artes con su cantó egregio dan á nuestra pena, haciéndonos soñar, en ilusión incomparable, que hemos abandonado la dura cárcel de la vida, y dejado detrás de nuestro paso el umbral de lo infinito, de lo ideal y de lo eterno.

---





## El festín de Baltasar

---

Para llegar al palacio del Monarca, cruzó el Profeta una reja de oro que se perdía á lo lejos de vista en todas direcciones, como encerrando inmenso espacio, y halló, al trasponer la reja, un bosque lleno de colores, pero en el cual ninguna flor lucía: árboles, arbustos y hierbas de diversidad enorme se levantaban, llenos de hojas de variadísimos matices, por entre las cuales volaban, innúmeros y silenciosos, pájaros verdes, azules y rojos con collares de oro. De en medio de aquella selva extraña partía una suave escalinata de granito luciente, á veces negro y á veces carmesí, y por ella se llegaba á unos jardines suspendidos en lo alto, en que no se divisaban las hojas, ocultas por las flores de todos tamaños, formas, y colores y de un aroma embriagador, y en medio de las flores, y sin que se les viera, cantaban el ruiseñor y la calandria.

De trecho en trecho, y como apareciendo de súbito, surgían entre las flores, algunas de las cuales eran gigantescas, blancas estatuas de mármol y alabastro, en actitud indolente y graciosa, las unas como ninfas que van á emprender vuelo y las otras como vacantes cansadas; junto á las flores, que en arena finísima parecían fijas, serpenteaba un verdadero labarinto de mosaico y refrescaban el perfu-



mado ambiente mil juegos de agua, que brotando de duras piedras ó como cayendo de volcados cántaros de jaspe, de tal manera se erguían en el aire, que las gotas cristalinas eran como diamantes heridos por la luz, formando tornasoles refulgentes. Después de perderse dos ó tres veces en el dédalo de mosaico, se llegaba á un palacio de mármol de todos los colores con siete torres negras, alrededor del que había una fila de guerreros de bronce con espadas de oro en las manos, y al cual daba acceso altísima puerta de labrados metales enteramente cubierta de geroglíficos. Traspasado el dintel, cruzábase largo vestíbulo de granito rojo, á lo largo del cual y junto á las paredes, se dilataba prodigiosa serie de quimeras y esfinges que terminaba en apariencia en un muro de fortísima roca. Llegando al muro, por agencia de una mano invisible, abrióse éste y quedó convertido en trozos desiguales de inmensa *talactita* dejando en descubierto un salón lleno de luz y de ruido. Era un vasto anfiteatro techado por una bóveda de malaquita, en el centro del cual estaba suspendida una lámpara que parecía un astro; el techo estaba sostenido por numerosas columnas de cristal de variadas y extrañísimas formas. Sobre el suelo había, como caídos ó arrojados con descuido, tapices diversos y grandes pieles de animales salvajes. En medio del salón aparecía una mesa cubierta con tela de oro, y sobre ella todos los componentes y accesorios de un suntuoso festín. Veíanse sobre la mesa grupos artísticamente combinados de flores y de frutas; en macizas fuentes de oro, manjares variadísimos y en copas hechas como de aire tejido vinos de extraños matices que numerosos esclavos semi-desnudos de gran tamaño ó esclavas donosísimas, semi-desnudas también y coronadas de flores,

vertían en ellas de urnas cinceladas y fragantes; en torno de la mesa, echados indolentemente en lechos de marfil, vestidos de seda había muchos hombres jóvenes y bellos entregados á las delicias del festín. A lo largo del salón junto a las paredes, se extendía una fila de atléticos soldados que tenían en las manos escudos y relucientes picas, y en un extremo de él, con una pequeña mesa delante, en un trono de marfil y plata, estaba el Rey: cuatro hermosas estatuas mantenían sobre su cabeza un dosel de púrpura, del cual pendían como festones de riquísimas perlas. A sus pies, echado en actitud perezosa, un gran león entornaba los ojos, dejando escapar de tiempo en tiempo de ellos, instantáneo relámpago.

El profeta, invisible para todos, se colocó cerca del Rey y observó cuanto pasaba. De repente, el ruido pareció detenerse, y la atención de todos quedar fija en un punto. Habíase oído la música de argentina campana, y entró en el salón un grupo de mujeres. Una, á su frente, más alta que todas, y de imperial apostura, iba envuelta en un manto que la cubría del todo; detrás de ella marchaban con flotantes túnicas muchas otras bellísimas, ya rubias y blancas, ya de largas trenzas ó cabelleras sueltas, negras y profusas, todas cubiertas de flores y por sus cabellos más que por el traje. La que iba delante, al llegar frente al Rey, dejó caer el manto de gasa, que la velaba, y apareció en todo el esplendor de su hermosura, tendido el cabello por la espalda en ondulantes rizos. Después de hacer una coqueta y casi desdeñosa reverencia, fué á colocarse en un sitial que á los pies del trono parecía para ella pre-preparado, y el león, con los ojos bien abiertos y midiéndola con la mirada, vino á echarse junto á ella. Hundió sus dedos en las crines de la fiera, á la



que miraba con sin par embeleso y que parecía ebria de placer al recibir su caricia y juntó las palmas sin ruido la gentil doncella, tomando nuevo aspecto la fiesta del banquete. Surgiendo de los muros que lo limitaban y del suelo del salón, flotó en el aire música como de arpas y de flautas, más un murmullo que un canto, pero de carácter intensamente voluptuoso. La leve, blanca vestidura de las mujeres flotaba como plumas y alas de palomas en torno suyo, y avanzaron danzando en grupo pintoresco y á compás ideal con la indecisa melodía; después se mezclaron como pétalos de rosa que el aire arremolina y dieron á sus movimientos, que la música acentuaba, un hechizo diabólico, sensual, lánguido, excitante y vaporoso, á la vez, como desmayo y delirio de una fiebre mortal. Las luces todas fueron debilitándose, como adormecidas, y llegó un momento en que la fiesta quedó hundida en las tinieblas. El profeta erecto, solitario, invisible, atravesando con su mirada las tinieblas, fué el único espectador vidente de aquella escena entre las sombras.

Media hora después, la luz se hizo y el Rey apareció en su trono: los convidados ocupaban sus sitios; la música que no había cesado un instante, cambió su ritmo y se hizo de una languidez mayor, como de suspiros prolongados, y como si un muro nuevo la separase de los circuntantes y se oyera de lejos. Adelantóse un mancebo cerca del trono del Rey, seguido de un paje que llevaba una lira, y que después de preludiar en ella, la pasó al mancebo. Vestía éste una corta túnica de seda, tenía sandalias en los pies y ceñida la frente por una diadema de laurel, los extremos de la cual caían sobre sus hombros.

Levantó la voz el bardo, y acompañándose de la

lira, á la que arrancaba dulcísimos acordes, cantó el placer de la vida con seducción irresistible; habló de las armonías de la naturaleza, de la mañana sonriente, del medio día cálido, de la noche misteriosa, de los perfumes embriagadores, del vino que hace correr por las venas su deliciosa lava, de la rosa en capullo, del canto del ruiseñor en la espesura, de la flor del amor cogida á media noche en el seno de un bosque bañado por la luna, de la juventud ardiente y la virilidad robusta disputándose la palma de la victoria en los combates del placer, de los arrebatos de la voluptuosa lucha y de su lánguido desmayo; y su acento subía y bajaba con ritmo que le daba nuevo hechizo, y los hombres al oírlo estaban estáticos y mudos, y las mujeres dejaban escapar sordos suspiros y se revolvían en sus lechos, como siguiendo involuntariamente el compás de la seductora melopea; y cuando hubo callado, se hizo por un momento un silencio hondo y luego sonaron aplausos atronadores que se prolongaron largo tiempo, y la cortesana que estaba á los pies del Rey vino junto al poeta y arregló el laurel de su frente, y lo besó en la boca, y el monarca sonrió satisfecho.

Entonces el profeta se hizo visible, y en medio del general asombro, se adelantó al lugar que había ocupado antes el vate. Una túnica negra, larga y estrecha lo vestía cayendo sobre ella las ondas de su cabellera y de su barba, blancas como la nieve, y de sus ojos profundos é irritados partían los rayos de una mirada ante la cual se inclinaron todas las frentes «¡Ay de tí!—dijo—¡la mano abierta de un Dios elemento ha dejado de hacerte sombra!» Y su acento era como el murmullo de huracán lejano.

Habló el profeta de la vil sensualidad en que se agitaba aquella Corte, de su abuso de los dones de



la vida; increpó al rey por su molicie, al poeta por el envilecimiento de su inspiración. á las mujeres por la profanación de su hermosura; pintó la naturaleza dominada por el pensamiento, la materia avasallada por el espíritu, comparó los placeres ideales con los placeres de la carne; habló de un mediador entre el mundo y la muerte, y en el salón, por un momento sombrío, se dibujó una cruz hecha de suave claridad en el espacio; la voz del profeta, por algunos instantes muda, volvió á tronar contra las impurezas de la hermosa ciudad y á predecir su suerte. La claridad lívida que precede los albores del amanecer entró en el salón, dándole un aspecto sepulcral, y al pronunciar el profeta sus últimas palabras oyéronse los roncós gritos de los enemigos, que, como hambrientas fieras, venían sobre su presa; sobre la ciudad opulenta y soberbia cuyo nombre iba á ser borrado del libro de la vida....

---

## María Antonieta

---

Era, al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal: de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales,—teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la *casa de Austria*, lo que debía valer mucho á sus ojos, y de ser de veras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expresión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raíces seculares y con cuasi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad, pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío; los encargados de hacer el orden en la sociedad á la manera como Dios lo hace en la naturaleza,



teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra como el Señor tiene á su alcance el vendabal y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbrá á los demás, sino que tiene, ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes son trasuntos del cielo y cuyos errores y aún cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. El *Angel de las Escuelas*, el atleta de Aquino, había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general, y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra—Constitución, por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado.—Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo; creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón; contemplaron un hacinamiento de miserias. un hervidero de dolores, un *pademonium* de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con sentido nuevo el Sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezcla-

do con los ruidos de aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se herían las carnes y comían excrementos para simbolizar las miserias de Sion. Los Reyes ciñeron la espada á su costado y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escuadrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes y los dioses, y como los Pontífices derramarán su tiara colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arreció de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en la sombra: no hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descenden yertas las naciones en el silencio del no-ser, vé entre las nieblas crepusculares de la Historia, sombras que habían de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal de sus bridones; escudo y rayo los otros de la venerable Monarquía, el oriflama augusto los vió caer bajo sus pliegues esplendurosos, defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevo lustre á sus blasones y dilatando, con empuje de semidioses, el suelo de la patria; vé los reyes santos, los obispos sin mancha, los caballeros sin reproche, los sacerdotes mártires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cielo; vé



las temeridades heroicas, las grandezas incommovibles, las gallardías insuperables, las magnificencias ideales; pero su mirada vá más abajo y descubre entre abismos de cieno un torbellino de torpezas: la glotonería y la lascivia en el trono; los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al crimen por el despotismo; el *parque de los siervos*, en que las doncellas eran cazadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía en la Iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel, y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa entonces, porque las comprende, las convulsiones revolucionarias: se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la molicie, y la hija del villano, prostituida por el hambre; vé la gran patria en el suelo, avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebató de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

¿Quién puede culpar á la pobre Reina inalumbrada porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? ¿Qué podían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacerdotal, como si no fuera la mano de Dios la que lo hubiera impreso en ellos, sino tráfugas miserables? ¿Qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, ebrio, sucio, grotesco que ve-

nía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmundá, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de Princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia, y para ella no puede haber sino piedad en su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego,—ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado conspuído, todo lo que era miserable y vil puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida. Arrojada á una mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible; privada de su esposo, privada de sus hijos, teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de asco; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso lleno de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicia en la que debía de tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como náufrago agarrado á débil tabla en el vórtice de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio, á veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la oscuridad profunda,



jauría de monstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalso sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza,—todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contemple en el anfiteatro de la Historia.

## Lorenzo Montúfar

*Discurso pronunciado en el Palacio de Justicia,  
en la noche del 17 de junio de 1898.*

SR. PRESIDENTE, SEÑORAS Y SEÑORES:

Por honra señalada, que recordaré siempre con legítimo orgullo, tengo la de ofrecer, á nombre y por encargo del Colegio de Abogados de Costa Rica, público y solemne homenaje á la memoria del prócer recién caído, que toda la región de Centro América recuerda y llora en estos días con sincero, hondo lamento y merecida gratitud.

Fué Lorenzo Montúfar varón preclaro, de aquellos cuyo nombre la historia inscribe en sus anales; de los que la patria conmemora; de aquellos que una generación recuerda con lágrimas, y de que otra aprende con admiración la biografía; de aquellos de quienes los nietos de su sangre ó de su afinidad, guardan y heredan el retrato como una joya, y de quienes los nietos de sus contemporáneos lo compran y se lo enseñan á sus hijos con reverencia; de aquellos cuyos timbres de inteligencia y de conducta sirven de blasón á una familia, en estas tierras sin otros blasones de la América; de aquellos por los pormenores de cuya existencia la historia propia investiga y la extranjera curioseosa; de aquellos de quienes una ciudad dice: aquí nació, y otra ciudad dice: aquí estuvo; de aquellos á quienes muchos se enorgullecen de haber conocido y de quienes otros



lo fingen; de los que originan que se dé un nombre propio á una ciudad, ó á una aldea, ó á una calle, y que se distinga con un recuerdo personal un año ó un mes y aun el lapso de una generación; de aquellos de quienes se dice con altivez antes que con vanagloria: fué mi pariente, fué mi amigo ó fuí su discípulo; yo lo oí, yo he leído tal libro suyo; yo fuí de los que le ayudaron en su obra; de los hombres que hacen su país, que hacen su tiempo, que hacen su generación; de los que siembran la de mañana; de los que ponen, con lo mejor de su sangre, con lo mejor de sus nervios, con lo mejor de su actividad y de su pensamiento, la semilla del progreso, el gérmen de una generación mejor, de un momento histórico más fecundo y luminoso, en las entrañas del presente, dispuestos á dar,—en la fortuna ó en la adversidad, reconocidos ó menospreciados,—dispuestos á dar el reposo de hoy, la riqueza de mañana ó el abolengo de ayer, por una gota de luz con que alumbrar la marcha de su generación, ó por una rama de laurel con que decorar el escudo de la patria.

Decano y maestro lo llama cierto partido político centroamericano, cuyo estandarte,—abrigo acerca de ello la más serena confianza,—jamás flameará sobre nuestra casa, sobre el hogar de la Escuela de Derecho; y lejos de rehuir ese recuerdo, me apresuro á despertarlo, porque como no nos reunimos aquí á fabricar moneda falsa, es bueno, y aún indispensable, entrar en la explicación sincera y cumplida que dé á nuestro homenaje su carácter, sin permitir confusiones lastimosas. Bien saben cuantos me oyen, cómo ha dado en apellidarse de liberalismo en Centro América, y aún en regiones que están fuera de sus límites, la obra de bandos políticos que,

lejos de caracterizarse por aquel respeto hondo y bien sentido á los derechos individuales que á la verdadera escuela liberal distingue y enaltece, lejos de colocar en torno del poder público más brillante y extenso del Estado las barreras y responsabilidades sin las cuales el régimen republicano no es posible,—aclaman y ponen sobre el pavés á cualquier ambicioso, con tal de que no ayune por cuaresma y de que no respete las fiestas de guardar de la Iglesia Católica: la enemiga al catolicismo y la más cordial protección á la gente nueva, á «la gente no ubicada», como me decía una vez con aticismo un gran político chileno; á personas que por odio á las aristocracias huyen de la ilustración, el talento, la decencia y en ocasiones del baño cotidiano; esto se apellida de liberalismo y osa hacer flamear los estandartes que los próceres americanos, aquellos caballeros cumplidísimos, y á las veces devotos, alzaron en sus limpias manos para llevarlos por los caminos del heroísmo, entre los relámpagos y truenos de nuevo Sinaí, á los altares de la libertad. La presencia de un hombre como el Dr. Montúfar en ese campo y su alistamiento en esas filas fué accidente explicable por la naturaleza caótica del movimiento de estas nuestras sociedades latino-americanas, que sin hábitos heredados ni temperamento propicio para el caso, entraron á ser señoras de sí mismas y á vivir como entidades *sui juris* en bien adversas circunstancias. Desalado tras la conquista segura y establecimiento sólido de la libertad religiosa, corría sin vacilar á donde lo llevaba la esperanza de que estos pueblos la ganasen por entero, y ni notaba de quien se ponía cerca, ni con qué tropezaba, absorto por entero en la contemplación de aquel su ideal, por el que estudiaba y escribía como un benedicti-



no, pasando del libro al periódico y de éste á la tribuna, aun con desprecio y menoscabo de las dotes altísimas que recibió de la naturaleza; no curando de la gloria literaria, de la fama de historiador imparcial ó de jurista hondo, maltratando su pluma, enturbiando su palabra, levantando del suelo el arma llena de polvo con tal de no llegar tarde á la pelea cuando sonaba el clarín de sus anhelos, como un paladín de la Mesa Redonda, como un amigo del Rey Arturo, que por entre andriagos y vestiglos y saltando fosos y costeano abismos, fuere á libertar á su dama de rugiente monstruo ó de peligroso encantamiento.

Otro ideal suyo, no menos hermoso y no mejor servido en ocasiones, lo llevaba á las filas á que me refiero: suponéis, sin duda, que aludo al famoso conubio que por unión santa y legítima de Centro América se abona. Sin acercar estos pueblos los unos á los otros; sin tender entre ellos los vínculos de comunicación moral y material imprescindibles para enlazarlos en familia; sin dar á sus gobiernos el fundamento de elecciones libérrimas, á sus peculiares haciendas orden, á sus peculiares administraciones la descentralización necesaria ¿qué resultado de prosperidad puede producir el juntar deudas, ni de grandeza el de unir deficiencias, ni de libertad el de allegar servidumbres, ni de salud el de poner cerca enfermedades contagiosas? Lo que es apetecible es crear la unidad moral de la familia centroamericana; acercar sus pueblos, multiplicando sus comunicaciones de todo género; descentralizar interiormente sus repúblicas, dando á la vida de sus Municipios y de sus actuales Provincias, la actividad propia y ensanche de movimiento que por ley natural les corresponde; colocar sobre bases de granito

así el sufragio libre como los derechos individuales del ciudadano, sin todo lo cual la unión será una farsa, cuando no el punto de partida de incesantes discordias ó de tremendo y asfixiante despotismo.

Bien sabéis que el Dr. Montúfar anhelaba en el fondo todo eso; bien notorio os parece, de cierto, que no eran sus ambiciones personales, ni sus anhelos mezquinos; pero dejad que me lamente de que hombres de su altura, que no es caso singular el suyo, mal inspirados por el fanatismo que algún particular y noble anhelo les produce, no se decidan á liquidar la sociedad del liberalismo, poniendo casa aparte con las huestes que sus prestigios personales han de llevar tras ellos, marcando bien las fronteras de su idea, haciendo cabal y escrupuloso inventario de sus miras políticas, desechando el funesto, venenoso aforismo de que el fin justifica los medios, estableciendo, por fin, así, la patria pequeña, primero, la patria grande después, en esta región privilegiada que el sol del trópico enriquece y hermosea, que bellísima naturaleza decora, y en cuyas playas dos océanos cantan sus himnos majestuosos, doblando la cerúlea espalda para conducir sobre ella, de meridiano en meridiano, de zona en zona, los dones del comercio y los mensajes de la fraternidad humana y los verbos refulgentes de la civilización universal.

Un insigne profesor alemán que, por haber encontrado refugio generoso para persecuciones en su patria sufridas, en la tierra y ciudadanía norteamericanas, como de aquel privilegiado país se cuenta, y en inglés ha escrito sus libros magistrales, el conocido Lieber, ha trazado en obra admirable sobre «la libertad civil y el gobierno propio» la línea divisoria entre lo que él llama la libertad francesa, que bien pudiera calificarse de latina, y la que él llama



inglesa, que como anglosajona pudiera distinguirse. Alude él, acaso con demasiada severidad, en esos nombres, á competencias é incompetencias de raza que no considero tan decididas y evidentes como él las presume; pero es lo cierto que mientras los pueblos que pueden considerarse como de nuestro abolengo se manchan y ensangrientan pugnando para subir á las alturas ideales del gobierno propio y de la libertad bien gozada, los pueblos ingleses la ocupan en calma, contemplando con desdén inevitable nuestra pugna, á las veces candorosa, y otras no tan inocente, y nuestro rodar desempeñados á la sima cuando gallardeábamos de haber conquistado definitivamente alguna agria cuesta de las que hay que trasponer en la ascensión. Es claro que, como él lo explica, la libertad ha de ser modo de vivir y de estar en las costumbres, antes que tema de cantos y retóricas y conquista de pluma y de líricos discursos; es claro que han de levantarse sus instituciones con la calma que trae la solidez del material, con el sosiego que trae la columna bien erecta, con el cimiento hondo y proporcionado sin el cual la edificación es juguete del viento; es palmario que los pueblos ingleses tienen instituciones,—esto es, algo levantado despacio y con solidez hecho, en tanto que los latinos hablamos mucho de la libertad á la manera como suelen hablar los poetas de sus Elviras y Leonora, á las cuales son tan infieles de continuo; y en nuestro eterno afán de encontrar lo mejor, jamás nos fijamos en lo bueno. Permitid que una vez más insista en que la descentralización administrativa y el respeto profundo y firme de los derechos individuales son las únicas bases sobre que puede erigirse la libertad política, y que en materia de religión, como en toda materia, la reverencia á la li-

bertad de los demás es el más sólido fundamento de la nuestra.

Ah! si la lozana y valiente juventud que me escucha, emprende esta labor, en la vida del ilustre varón que honramos esta noche ¡cuánta lección puede encontrar de infatigable constancia y noble esfuerzo para servir sus ideales!

Pláceme, por otra parte, con el poder de la fantasía, abstraer al Dr. Montúfar del escenario agitado de la vida pública, y contemplarlo en nuestra antigua Universidad, platicando como un padre con sus alumnos, derramando sobre ellos los tesoros de su sabiduría y los fulgores de su palabra fervorosa, abandonando sólo la cátedra para ir al seno de aquella familia amantísima suya, que tantos tesoros encerraba de angelical virtud, de entendimiento preclaro y de femenino belleza, y de la que fué padre modelo; pluguiera al cielo que hubiera corrido siempre así la trama de sus días, y que lo tuviéramos vivo aún, aquí, entre nosotros, presidiéndonos y hablándonos con su verba inagotable y exquisita del último libro que había leído ó del primer libro que iba á hacer. ¡Cuánto nos han quitado las luchas de la política, y con qué cariño y con cuánta filial piedad lo recuerdan los numerosos discípulos que tiene en Costa Rica!

Y sin embargo, su vida tal como fué, apesar de las reservas que mi sinceridad característica y el respeto al lugar en que hablo me exigían antes que aconsejaban, su vida tal como fué, forma un espectáculo, como el de las grandes montañas, como el de los grandes volcanes más bien, ó como el del mar arrebatado. Ese hombre, juzgado con imparcial serenidad aparece como un coloso: hablando, escribiendo, enseñando, desempeñando embajadas, dirigiendo



Ministerios, alborotando Congresos, registrando archivos, recopilando noticias, devorando volúmenes, surcando mares, peregrinando por Centro América ó por la América del Norte, y con la mirada del alma clavada siempre en una ida fija, que era como una estrella fija, hubiera dicho Victor Hugo. En medio de tantas inconstancias como nos rodean, de tantas dignidades que se inclinan, de tantos valores que retroceden, de tantos caracteres que se doblan, el fanatismo desinteresado por una idea constituye espectáculo precioso, casi inestimable. De piedra, de la piedra nuestra, brillante y dura, no de los mármoles y bronces que otros usan; de piedra, de la piedra nuestra, hay que hacer su estatua, majestuosa y colosal; de cara al océano hay que ponerla, y bajo la cúpula del cielo; de cara al mar, de tremendo incesante movimiento, como su vida; bajo los cielos, no más puros que su pensamiento: emblema todo ello de tenacidad incontrastable; con un libro abierto en la mano, como explicándose a las muchedumbres, símbolo del activo propagandismo de su apostolado; y con los labios entreabiertos también y como convulsos por la electricidad de su elocuencia: el día en que el monumento se levante, la Escuela de Derecho colocará sin duda una copia de él en sus modestas aulas: une entretanto su voz, aunque por intermedio de la débil mía, al *requiem* sonoro, al himno de admiración y gratitud de la gran patria centroamericana.

He dicho.

---

## Renan

Renan ha muerto; ha se extinguido con él una inteligencia serena y radiosa que, con suave claridad, alumbraba las mayores alturas de la crítica histórica, filosófica y literaria de nuestro tiempo.

Era el suyo un talento singular por lo perspicuo, por lo delicado, por lo profundo, que entre tantas condiciones sólidas ó brillantes como en él lucían, distinguíase, en primer término, por un equilibrio perfecto. Después de Platón, nadie, ni Macaulay ni Taine, ha usado un estilo más limpio de redundancias, de adornos falsos, de afectaciones ingeniosas, tan sobrio, tan elegante, tan potente, en cuyas formas se unieran con tan magistral é íntima armonía todos los recursos del arte sin que hilo alguno saltase ni reflejase con mayor intensidad el rayo de la fantasía en aquella urdimbre á que la seda no podría compararse. El tono de su literatura crítica era de una majestad olímpica llevada con una sencillez ejemplar; algo que trae á la memoria aquellos reyes que eran pastores de pueblos, como los llamaba el viejo Homero.

Era, en efecto, un maestro que servía no sólo como oráculo sino como dechado, que daba á sus discípulos, — casi todo el mundo literario de nuestros



días,—no el canon frío, sino el modelo palpitante: artista supremo de la palabra escrita, al mismo tiempo que Doctor de sus Academias. Su pluma, como la de Taine, pero con una serenidad mayor, era un buril que trabajaba en piedras preciosas. En sus libros nos quedan tesoros de sabiduría; pero, por fortuna, para muchos que los aprecian más, quedan, asimismo, el perfume exquisito y la atmósfera luminosa de una soberana belleza.

Su ciencia era enorme y estaba admirablemente asimilada. Ello explica, acaso, mejor que cualquier otro motivo, la catolicidad, la amplitud, la noble tolerancia del criterio con que juzgaba así en filosofía como en historia; los ignorantes somos los intransigentes; la sabiduría es siempre plácida; el que ha visto toda la vida del género humano adquiere cierto noble excepticismo, que no excluye el entusiasmo, pero que estorba el apasionamiento feroz por opinión alguna de los hombres.

La Historia fué bajo su estudio y bajo su labor, lo que tantas veces se ha intentado: una arte bella, sin mengua de su severidad característica; la interpretación ideal de los sucesos; la reconstrucción, no mecánica, sino con álito de vida, de un tiempo que fué, de una civilización, de un pueblo, de una raza que pasaron sobre la tierra y que en ella se hundieron. Pocos hombres, si alguno, han hablado como Renan la lengua de las costumbres, de las instituciones, de las ideas que ya no existen ó que existen á larga distancia de su órgano; tenía en el más alto grado posible la elasticidad plástica que permite á la inteligencia colocarse como la cera en torno de todos los objetos para tomar su molde.—No era un pensador indeciso, no era de convicciones levantadas en el aire, sino sobre la roca viva y honda de

una sabiduría casi venerable;—su autoridad podía considerarse indiscutible; y, sin embargo, ¡cuán poco autoritario!, ¡cuán poco dogmático en sus juicios! Su existencia, relativamente larga, trascurrió sin un debate violento, sin un frase dura, sin una invectiva, apesar de haber estado bien adentro en asuntos que apasionan por lo común las opiniones; sin dejar caer en caso alguno de su pluma una sola gota de la hiel de la sátira, apesar de haber visto de cerca asuntos que para pensadores de su escuela suelen ser ridículos, y de haberse ocupado, más de una vez, en analizarlos despacio. En medio de aquel París agitado, ruidoso, atronador, la Babel moderna, el laberinto de las doctrinas, el campo de la batalla de las teorías, el pandemonium de los sofismas, el circo en que la inteligencia moderna celebra sus combates olímpicos, de aquel París en que las ideas parecen llamas por el resplandor, pero también por lo candentes; que se vé, por lo mismo, de lejos como un incendio, como un remolino, como un caos luminoso, si la paradoja se permite; en medio de aquel París, decimos, es un buen espectáculo, algo que tranquiliza y refresca, el de aquel anciano grave, sonriente, dulce, melancólico, conversando á media voz con los mártires, con los apóstoles y con los sabios de otro tiempo, quizás por no tener verdaderamente con quien hablar en los que corren.

La fisonomía del filósofo no era en Renan menos interesante. Por ciertas condiciones de su espíritu, estaba llamado á ser un *positivista*, y lo fué en cierto modo; era harto metódico, harto dialéctico, harto escrupuloso en la formación de sus juicios, en el examen de los elementos con que los constituía, para que no descubriese su mirada la línea que separa la investigación posible de la investigación in-



sensata; el dato del delirio; lo que se piensa, de lo que se imagina; lo que se cree en virtud de las leyes de la inteligencia, de lo que se cree porque se quiere creer, volviendo la espalda á la luz de la razón, apagándola cuando su claridad nos importuna. Pero si ante esa línea se detenía circunspecto, nunca tuvo una palabra de insulto para los que la cruzaban; los acompañaba, por lo contrario, con mirada respetuosa, algunas veces con admiración, siempre con amor, y en algún caso, daba suelta á la fantasía para que cruzase también el equívoco formidable: sólo que entonces la dejaba ir como globo cautivo, conservando en las manos el hilo salvador que debía llamarla á su punto de partida y guardar la señal, en algún modo, del espacio ilícito recorrido, para que no hubiese extravió del raciocinio bajo el influjo de sus narraciones de viaje. Tenía en su entendimiento la balanza que se ha atribuido al de Voltaire, tan fina que en ella podía pesarse un cabello; sólo que la de Voltaire, por lo mismo de ser tan fina, se desequilibraba con un soplo, y sobre la de Renan pasaba sin alterar su fiel el huracán de las pasiones.

Por otra parte, su positivismo era idealista; veía bien el mundo de la materia, pero veía también el mundo de la idea, y estaba animado por lo tanto por el impulso sacro y por la esperanza sublime que acaso se haya cumplido ya en este momento; no era un creyente; pero sí un hombre alta y profundamente religioso; lleno de piedad, de unción, de recogimiento ante el misterio insondable y augusto que envuelve nuestra vida y nuestra muerte.

Su «Vida de Jesús,» el más famoso de sus libros, pudo mover la cólera fácil del dogmatismo católico; pero ¿quién puede negar que es un libro serio, de

estudio sincero, de tolerancia llevada hasta el colmo, de pensamientos altos, penetrado todo él por una emoción hondísima y por una ternura infinita? No fue al pié de la cruz en la peregrinación de los devotos ciegos por la fe; llevaba los ojos abiertos, pero llenos de lágrimas; no fue un espectador deslumbrado, pero tampoco burlón ni indiferente, ante el drama del Calvario, la más hermosa y más patética tragedia que ha pasado ó se ha concebido en la tierra; no trajo del Gólgota escapulario ni reliquia alguna tocada en el monte en que espiró quien ni él ni nosotros vacilaríamos en llamar «Nuestro Señor», porque es nuestro maestro y nuestro ideal; pero de esa romería, nunca en vano emprendida, trajo santas tristezas, una emoción imborrable, nuevo y vigorizante alimento para su idealismo de filósofo y de artista; y cuantos hemos tenido la feliz intimidad de su pensamiento, aunque sea á través de la lectura, hemos saboreado algún sorbo de la miel de sus abejas del Cedrón, algún hálito de sus rosas de Jericó y de sus lirios del huerto teñidos por el sudor de sangre del Nazareno.

Ahora se ha ido, pero tenía concluída su obra, tenía hecha su tarea: no es un artífice que deja la joya á medio cincelar. No es una columna rota, un obelisco destrozado en lo alto, un día que se eclipsa cuando comienza la tarde: esta calamidad no aflige por lo prematura, sino por lo grande. Es probable que su agonía, es seguro que su muerte han sido serenas y tranquilas, sin sobresaltos, sin inquietudes, sin remordimientos, sin convulsión terrible de ver ó de imaginar; sino como un sol que se pone.

Octubre de 1892.





## Colón

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante, cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como divinadorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbraba su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que ¡oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su



idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre ¡poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente Europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de «Las Mil y una noches:» la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado; con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macisos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de su triunfo: como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el ensueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que dá á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de don Quijote. Sólo que esta vez el león no se contentaba con volver las grupas al héroe: el combate iba á verificarse; el océano espumoso ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres caravelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde á las tres de entonces; con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas, algo que supere al grupo de insensatos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema,—



á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de la tres caravelas inolvidables que van,—palomas de alas sedosa y breve,—á tentar el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. ¡Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente é idealista, como debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: ¡que Dios las acompañe!

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se adoptaron mutuamente. ¡Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inexpertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes,—esos tu-

vieron la fe que faltó á Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

El nombre de Colón cifra y expone esas ideas. Gloria de Italia, en cuyo suelo se meció su cuna; de Italia, donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea, es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace de veras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan



alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprensible en su época; por su voluntad es incomprensible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible: bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad, son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis, uno de los raros casos en que la Humanidad se hiergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismos, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo: *Ecce homo*.

---

# Nindirí

A LA SRTA. ISABEL PADILLA

El me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera, en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua á Granada. A Rubén Darío me refiero, por cuya vida se teme aquí en estos momentos.

A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas; el cielo estaba azul, alguna que otra nube, transparente como velo de gasa, volaba por él, y de lo alto caía y por todas partes se derramaba, la luz color de oro quemado de un sol brillante pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió ser la Jonia antigua, ó por lo menos, esa segunda Grecia, la Provenza de los tiempos medios. En calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, á cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros, ha inventado él mismo su poesía, y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le rodea; al rededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que con sus ramas de esmeralda oscura y sus



frutos de colores vivos daba nuevas notas á la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta ó en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozeo; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco inmaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador: Admiróme su limpieza singular y el aire de fiesta que eso daba á la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana.—¿Qué hacen estas gentes? pregunté con curiosidad á Rubén;—se diría que esperan alguna visita.—Venden flores y frutas, me contestó el poeta, las llevan en cestos muy bizarros á todos los alrededores: esta es su vida cotidiana. Pasaron, en efecto, á poco, por junto á nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y de aromas, conduciendo su mercancía: nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar á mis ojos forma de poesía.

No era hora de oír pájaros: lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente: pensé en la cigarra de oro, símbolo del arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión.

Soñaba yo entonces, por otra parte que llevaba á mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta, aunque todavía no era un hombre, y su inspiración na había aún toreido su cauce, sino que era genuina y espontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y siguiéndolos ha llegado á la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida,

y ahora que temblamos á la idea de recibir una mala noticia, ha venido á mi mente, con sincera ternura, el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la naturaleza.

Así he escrito estas líneas, y queriendo saludar, además, á una amiga que respeto y quiero mucho, se las he dedicado, porque ella también hace pensar en las costas de Jonia y en la Provenza de los trovadores, y parece una Arlesiana, y á la mirada de sus ojos, hermosos y centellantes, suena en el oído el poema de Mireya, cantado al sol, como en cuadro propio, en una selva americana.

Diciembre de 1894.





# Italia

## UN CUENTO

El día 11 de agosto de 1938, la famosa botica de don Pedro W. de Segovia era el centro de una animación extraordinaria. Mentidero común y punto de cita de las notabilidades de San José, no había suceso de trascendencia mercantil, social ó política, que no fuera allí previsto ó comentado, cuando no se le confeccionaba en la casa, lo que era bien frecuente. Nadie duda que de allí salió en lo importante la inmensa reforma de las instituciones del país; la que había establecido el Gobierno Comunal, dejando la Presidencia de la República para los fines de la representación exterior.

Lo que se comentaba ahora valía bien la pena: el último y extraordinario invento del nunca bastante ponderado Dr. Kamus, que tanto había contribuido antes á la transformación estupenda por la que se había hecho San José de Costa Rica la perla negra de las ciudades de la América: recordemos que, en efecto, á él se debía la perfecta regularidad de las lluvias, la fijación de un clima paradisiaco, la supresión de todo elemento morboso en los aires y las aguas y, sin hablar de su genio estético, que en todo había dejado su huella, desde la arquitectura hasta



el traje y el calzado, la provisión de aquellos nuevos materiales lo mismo para el vestido, que para enlazar las calles y construir los edificios.

Pero lo de ahora,—fuera del caso de Italia,—dejaba atrás todo lo hecho. La agitación en casa de don Pedro era suma: los contertulios se arrebataban mutuamente la palabra en sus animados comentarios acerca del suceso. Sabíase por confidencia del doctor Baldek, quien, apesar de las costumbres de la casa, jamás había mentido, que aquel mismo día, dentro de pocos minutos, probablemente, el Dr. Kamus y la maravillosa Italia pasarían en un carro por sobre el Parque Central y frente á la puerta misma de la botica. El Dr., que había inventado ya tantas cosas, acababa de descubrir otras que dejaban en la oscuridad sus hallazgos anteriores: podía ir por el aire á donde quisiera y llevando consigo el peso que se le antojara. La emoción era, con fundamento, extraordinaria. Don Alfredo Copio, que hasta entonces había en ocasiones comparado, desfavorablemente para el Dr., algunas de sus invenciones con otras que él estudiaba en sus frecuentes viajes á California, se confesaba de antemano vencido si el prodigio se realizaba ante sus ojos,—y el mismo don Manuel Aldonza no contradecía esta vez á los demás. El Dr. Baldek era el único que estaba sereno: para él los prodigios de su amigo eran cosas corrientes; conocía algunos que eran todavía misterios para los demás, y de nada podía asombrarse ya.

Poco antes de las diez de la mañana vino de fuera un rumor inmenso, y vióse correr hacia el centro de la calle al General don Cosme Laménez, que sin decir una palabra, mientras los demás discutían, había permanecido en la puerta de la casa aguardando el gran acontecimiento: como era natu-

ral, todos se lanzaron tras él; lo que vieron los dejó silenciosos y aún como pasmados.

En todo lo que alcanzaban los ojos en dirección de la calle que pasaba ante la botica y que venía del antiguo cuartel de artilleros, se agrupaba una muchedumbre con los ojos vueltos hacia arriba y víctima de un completo estupor; arriba, como á veinte varas del suelo se cernía en el aire, avanzando lentamente hacia ellos, algo, como un pájaro enorme: su figura no era precisamente la de una paloma; pero era eso á lo que más se parecía, teniendo plumas sedosas, blancas, ojos negros de suave mirada y el pecho esponjado propio del ave á que nos referimos; encima de la paloma, que tenía las alas extendidas, y como saliendo de entre sus plumas sin que se vieran en qué se apoyaban, aparecían dos figuras en diverso concepto muy notables: hacia adelante, y aunque sentado, muy erguido, estaba un hombre de una edad indefinible, bien que debía de ser muy anciano: una lengua cabellera, blanca como el armiño, caía sobre sus hombros, y la perfecta regularidad de sus facciones apenas podía notarse por el resplandor de sus ojos de halcón; llevaba un traje extraño muy sencillo, que sería pueril describir ahora, y miraba hacia adelante y hacia arriba, sin parecer fijarse en la atención de que era objeto.

La mujer que estaba á su lado ¿era en realidad una mujer? Se diría más bien un mármol de Paros colocado entre plumas por un Praxiteles divino: el cabello color de bronce antiguo alzado á la griega sobre la cabeza, producía, herido por algunos rayos de sol, extraños fulgores, apesar de un curioso aparato levantado sobre ella y que la velaba un tanto; disimulaba ligeramente la escultura del cuerpo fuera del pie maravilloso, apoyado más que calzado, por



leve sandalia, una exótica túnica de seda; pero cuando se fijaba la atención en sus ojos de fuego verde oscuro, todo lo demás se olvidaba.

Al pasar la nave, así llamaremos al aerostato, frente á la concurrida tienda de don Pedro, inclinó levemente la cabeza la hermosa aparición, y fijando la mirada en un apuesto joven que estaba de pie apoyado en el dintel, algo como una divina sonrisa animó el egregio semblante. El mancebo pareció próximo á caer en tierra y apoyó la mano temblorosa en el hombro de su padre,—don Pedro Segovia,— que se encontraba cerca observándolo cuidadosamente; cruzóse entre ambos una mirada expresiva, como de súplica de parte del joven, como de concesión é inmensa ternura de parte del padre, y nadie pareció notar el incidente, entregados los contertulios á los más animados comentarios, y aun á acaloradas discusiones, sobre el fenómeno de que acababan de ser espectadores.



El Dr. Kamus,—no se le conocía nombre de pila,—había venido á Costa Rica hacía unos doce años, provisto de cartas de introducción para personas importantes, y de fuertes sumas de dinero, que colocó á su orden en los diversos Bancos de San José; se ocupaba exclusivamente en sus estudios y experimentos, no tenía trato íntimo sino con el Dr. Baldek, á quien había conocido en los Estados Unidos, de donde era éste originario, y había asombrado á la ciudad con su ciencia enorme, su caridad inaudita y sus excentricidades incontables.

Como su vida merece cuento aparte, que oportunamente narraremos, sólo hemos de decir ahora lo

indispensable para la inteligencia del presente. Entre los numerosos episodios que ponían á cada paso en evidencia la sabiduría y entendimiento extraordinarios del doctor, ocurrió uno que toca en maravilla. Llegaron á la casa de Segovia, con recomendaciones de Nicaragua, de donde era éste originario, un señor italiano y una niña suya;—la madre había muerto en el viaje; púsosele gran cariño á la pequeña, que era de veras encantadora; murió también el padre al poco tiempo, aun sin bautizar la pequeña, y antes que trascurrieran muchos días, enfermó ésta de gravedad, de tos ferina, según dijeron, y pereció también.—En los momentos de morir la niña, llamado de prisa, se encontraba en la casa de Segovia el Dr. Baldek, quien por motivos que para ello tenía, de su intimidad con Kamus nacidos, mandó á buscarlo y lo enteró de la desgracia. «És el caso típico que usted buscaba.....» se oyó decir á Baldek, siguiendo luego una conferencia secreta. Poco después, sin muchas explicaciones, sino la de que así convenía, trasladóse en el carruaje de Baldek por él y Kamus á la casa de éste el cadáver de la pequeñuela, con trato previo de que si él lograba restaurarla á la vida se la dejarían por entero; de persona que pudiese reclamarla no había noticia por entonces.

¿Cómo sucedió el milagro? ¿A qué recursos acudió el doctor? ¿Qué extraordinaria panacea poseía? Misterios fueron estos que se comentaron grandemente: el hecho en evidencia estuvo en la resurrección de la pequeñuela, á quien el Dr. Kamus, sin bautizarla, inscribió con el nombre de Italia y el apellido de él en el Registro respectivo. El mismo, como ya dijimos, no usaba otro nombre que el apellido con que lo designamos; decíase que era polaco, aunque también se dijo que era húngaro.



Italia creció en la casa del doctor, sin más trato fuera, y eso no muy frecuente, que con la familia de Segovia; la señora de éste, la bondadosa Carolina, la quería como á las niñas de sus ojos, y hay sus dudas sobre si la prefería á sus propios hijos.

Había entre estos un gallardo mozo que por la fecha en que da comienzo nuestro relato, era como hasta de diecinueve primaveras y una florida en lo gallardo de su persona: el que vimos palidecer á la puerta de la botica á la pasada del aerostato; Mariano, no menos inteligente que de gentil apostura, amable trato y elegancia natural y donairoso, estaba dedicado al comercio y con tan buena mano que ya se veía su riqueza, en perspectiva. Su pasión por Italia, á quien no miraba como hermana, sino como el ídolo de su lozana juventud, se le salía del pecho, tanto que la delicadeza de Segovia, que era como de libros de caballería, había llegado á alarmarse. «La riqueza de Kamus es mucha,—había dicho al hijo de sus entrañas; sospecharán él y todos que pretendemos cobrarle el regalo que con Italia le hicimos y que nos proponemos especular con las circunstancias si damos vuelo al amor que te devora. ¿Por qué no viajas y la olvidas?; en viaje de negocios, se entiende,—que no soy rico por más que diga el General Laménez. El día de la navegación aérea había sorprendido por vez primera Mariano en los ojos de su padre una vacilación cariñosa á ese respecto. En cuanto á la piadosa Carolina, esposa de Segovia, que miraba á Italia como á cosa suya, y que adoraba en Mariano, jamás pensó en oponerse á los amores.

\*  
\* \*

La casa de Kamus no podría describirse por en-

tero, con las peculiaridades de la vida que en ella pasaba, sin que alargáramos demasiado el relato. Tiempo vendrá en que del todo la demos á conocer: baste por ahora lo que las circunstancias exijan. A eso de las tres de la tarde del día del paseo por los aires, llegó Mariano Segovia á aquel palacio, que le era muy familiar, y sin preguntar, ni siquiera por ceremonia, donde estaba el viejo sabio, se dirigió precipitadamente en busca de su Italia. Pintaba ella en un saloncito delicioso con vistas á un huerto que detrás de la hermosa casa florecía. Allí fué el joven, como un vendabal, arrojando el sombrero en cualquier parte, y estando á punto, á su entrada en la habitación, de echar en tierra el caballete de la niña. Italia alzó los ojos de su tarea y lo miró con cierto asombro.

\*  
\* \*

¿Por qué has estado tantos días sin venir?—dijo la niña, volviendo á la pintura, sin que la conversación se lo estorbase.—No me lo preguntes todavía,—contestó Mariano; más prisa tengo yo de decirlo, que tú de saberlo.—Mirólo con ligero asombro Italia, hizo un pequeño mohín y continuó como absorta en su tarea—Mariano se dejó caer suavemente de rodillas junto á su asiento, sin que ella pareciera notarlo; díjole después, en voz apenas perceptible,— ¡qué hermosa eres, mi Italia! y llevando á sus labios la mano de ésta que permanecía ociosa, la besó con arrebató.—Difícil sería definir la emoción que pasó por el semblante de la niña: había en ella matices muy varios; pero es lo cierto que, tras un instante de perplejidad, púsose de pie, retiró su mano de las de Mariano, y le preguntó serenamente—¿qué es lo que te pasa? se diría que estás loco ó enfermo.—En-



fermo y loco, seguramente, replicó el mancebo, irguiéndose y hundiendo, por decirlo así, la mirada en la suya.—Tú que eres tan serena y tan fría, no podrás, acaso, comprenderme. Mi padre consiente, al fin, en que hable á tu corazón directamente, ya que hasta ahora no ha parecido despertarse. ¿Recuerdas aquella tarde en que jugando corríamos juntos en el parque, y te perseguía y te alcancé y te tomé en mis brazos, y por más que lo resististe te besé en la boca?—Impresión como de espanto se dejó ver en el semblante de la niña; retirando su mano de las de Mariano, dió un pasó atrás y se dejó caer en el asiento;—me acuerdo, dijo, con voz entrecortada—Aquella noche comprendí la vida, prosiguió Mariano,—sin fijarse en la actitud de defensa y en el rostro turbado de su compañera;—parecióme que un astro nuevo amanecía para mi alma: todo á mis ojos cambió de color, de apariencia y de sentido.—Italia mía, prosiguió con voz queda y temblorosa,—tú todavía no comprendes mis ardientes emociones; pero yo te enseñaré á sentirlas, si me lo permites,—y le tomó la mano.

Quien hubiera podido contemplar en ese momento la escena, se habría creído en el Olimpo de los griegos. La habitación misma y sus adornos formaban cuadro de genial hermosura. Italia era la realización de un sueño de poeta, y el joven, por su gallardo continente y exquisita belleza, bien podía compararse al Adonis que imaginaron los antiguos. Era alto y esbelto, como palma que empieza á levantarse; sus anchos hombros no revelaban un vigor extremo, sino que tenían las ondulaciones de una gracia casi femenina, y en su semblante arrebolado de jovencita, brillaban, empero, grandes ojos castaños, que más que el suave bozo del labio superior, im-

primian un sello acentuadamente varonil á la hermosísima figura.

Italia lo contemplaba con cierto hechizo, á pesar de su evidente turbación.

—Quererte como tú lo deseas, me parece que es imposible, mi Mariano, dijo con una gracia incomparable, y notando de seguida el dolor que se reflejaba en el rostro del mancebo, —veamos, no te desesperes, añadió; —porque eso me acongoja. ¿Tan exigente es tu pasión? repuso doblando de lado, con gracia felina, la bellísima cabeza, y tomando ella misma entre las suyas una mano del joven.

—Ah! si supieras, si supieras, Italia mía, dijo el joven, y sentándose á su lado, paseó por ella la mirada con arrobamiento.

Italia parecía entregada en tanto á una meditación profunda; de vez en cuando su mirada se detenía en el gentil mancebo, y resplandecía en ella una claridad suave y pura, como la del cielo cuando amanece; pero esa luz llegó á apagarse por completo, asumiendo la niña, por grados, la rigidez y la seriedad de una de las estatuas que tanto recordaba su especial hermosura. Se hubiera dicho la casta Diana, ofendida por el homenaje impuro de un mortal.

—Es imposible, mi Mariano, dijo al fin, poniéndose de pié, con ademán severo, que heló la palabra en los labios de su amigo; —somos de dos mundos distintos, y nada puede haber de común entre nosotros. Lo mejor es que nos separemos de una vez.

Y dejando al mancebo como petrificado en su asiento, salió de la habitación con lentitud serena, como astro que se pone, sin volver la cabeza hacia aquel niño que sentía entrar, á medida que ella se alejaba, una noche profunda de oscuridad y desesperación en lo más hondo de su pensamiento.



\*  
\* \*

La vida de Italia, desde el momento mismo de su resurrección, había sido bien diferente de la ordinaria: durante un año, poco más ó menos, se alimentó con jugos de frutas que el doctor preparaba para ella; después, bastaba para sostener su energía vital un baño que del laboratorio del sabio partía y que, en habitación inmediata á la de la niña, era uno de los portentos de la casa: el saloncito que lo formaba parecía una gruta submarina, y tenía en su centro una concha como de nácar á que aflucía el agua, color y olor de rosa, en que se sumergía el cuerpo de la niña,—libre con eso de todas las vilezas y enfermedades comunes de la vida.

Con cuidado exquisito procuraba Kamus, además, alejar de Italia el espectáculo, y aun el recuerdo de la existencia ordinaria en las servidumbres y degradaciones que envuelve, pues era punto en que su ciencia no había podido triunfar el de ciertas crisis, nerviosas las llamaremos, que se producían en Italia á la idea, por ejemplo, de lo que pasa en el mundo, en banquete por los demás tenido por exquisito. No entraba en los planes del sabio mantener en ignorancia á Italia de lo que pudiese repugnarla; sino que en la vida exclusivamente intelectual que ésta llevaba, no faltó estudio alguno esencial para que poseyese cabal concepto de las deficiencias y tormentos de la vida común y de las excelencias de la propia.

Sólo venciendo con pena y perseverancia heroica, repugnancia suma, había podido al principio, acercarse siquiera á las pocas personas que trataba, y alejando con empeño habitual la memoria de la situación respectiva, era como podía mantener su trato

cariñoso con Carolina, que no era sin embargo muy frecuente.

Entre los hijos de Segovia, Mariano ocupaba respecto de ella una situación excepcional: niños ambos á su llegada á Costa Rica, desarrolláronse en corto tiempo entre ellos simpatía asombrosa, y cuando volviendo á la vida en casa de Kamus se vió separada por algún tiempo de su compañero, se marcó á las claras que sin Mariano tenía por enojosa la existencia.

Parece que ello hubo de modificar un tanto los planes primitivos del sabio,—pues habiendo manifestado antes que quería para Italia un alejamiento casi absoluto aún de la familia de Segovia, consintió ahora en que se viesen y tratasen con frecuencia relativa, aunque por lo común era en la casa de él, y no en la de Segovia, donde los niños vivieron y crecieron juntos.

Al llegar el instante en que la fiebre de la juventud alteró la vida de Mariano, era la de Italia más casta y pura, no digo que la de las palomas que la entretenían de preferencia en cuidados que á su crianza consagraba, sino que la de las flores de su huerto.—Apenas se dió cuenta al principio del mal-estar y las turbaciones de su amigo, sino que llegaron á ser tales que la mirada de la niña tuvo, al cabo, que fijarse en la evidencia.—El candor de Italia no era ignorancia, como acontece por lo común; que la instrucción que de Kamus recibía y que en corto espacio había madurado su entendimiento, era inconciliable con falacia semejante. Vió pronto el abismo, y se detuvo junto á sus bordes horrorizada y palpitante.

Repulsión indecible había en Italia respecto al amor que Mariano sentía, y que ella, por su educa-



ción, veía de frente y con horrible aspecto, á través de los eufemismos, y doradas mentiras de los poetas, que con desprecio repugnaba. Ira é indignación, hasta donde su plácida naturaleza lo consentía, experimentó al principio hacia su amigo, y no hubiera sido remoto que el afecto de antes se trocara en amarga aversión, á no ser por un extraño fenómeno de que apenas acertaba á darse cuenta la candorosa niña.

Es el caso que, de vez en cuando, los sentimientos que por varios y poderosos motivos Mariano procuraba reprimir, pero de que, como agua que hierve y hace saltar la tapa que la cubre, daba frecuente traza, despertaban en el pecho de Italia un vago movimiento de correspondencia, «como quien se agita antes de despertar» se decía la niña á sí misma, estudiando, según costumbre, sus propias impresiones. Mas, lejos de acercarla esta reflexión á las bellas redes que no por diplomacia aprendida, sino por instinto de la artera naturaleza, solía tender Mariano ante sus pies, la hacía resistir con más decidido y consciente empeño la seducción del lazo.



Habitaba la familia de Segovia casa antigua y grande casi fuera de San José, por haber quedado por el crecimiento de la ciudad en uno de sus extremos. Había en ella hermosísimo patio con flores y aun malezas, y allí iba Luis, el hijo mayor, que se dedicaba como Mariano al comercio, á tirar sus cálculos; Gonzalo, que era abogado, á tramar sus alegatos; Carlos, á cuidar de sus bestias, que las tenía famosas, y Celia, la niña de la casa, llevaba sus amiguitas á buscar flores, mientras con ellas platicaba.

La familia Segovia era una de aquellas en que se piensa, por decirlo así, con una sola cabeza y se siente con un solo corazón; pero no de las que por eso constituyen de un modo tácito alianza ofensiva y defensiva contra los demás, y al combinar sus egoísmos, forman uno en mayor escala. Don Pedro W. de Segovia era el hombre de San José que había tenido más amigos, así entre las gentes encopetadas como entre las humildes, atrayendo á quien se le acercaba por una bondad, poco aparatosa, pero que se sentía venir de adentro del pecho, y no de cálculos que la ciencia del mundo inspira á algunos hombres; y brillaba sobre todo por la modestia genial y discreción suma que así en sus palabras como en su conducta se advertían. Sintiendo contra la venta de drogas con que había comenzado su fortuna, y á pesar de que nunca la abandonó, una preocupación extraña, rehusó alguna vez distinciones sociales que otros,—á verlas cerca,—hubieran arrebatado sin escrúpulo alguno; y aunque no había en la capital y aún en buena parte del país, quien no lo conociese y estimase, y para fiestas en los mejores círculos llovían las invitaciones, es lo cierto que, ó por modestia suya y de la bien elegida compañera de su vida, ó por impulso natural y no estudiado de ambos y de sus hijos, vivíase en la casa común lejos del tráfico social, sin misantrópico aislamiento, pero sin devoción por las vanidades que promueven más que otra causa las fiestas del mundo.

Aquel aislamiento era propicio á la situación moral en que se encontró Mariano después de su derrota; encomendando á Luis, uno por uno, y al cabo todos sus negocios, dióse á leer poetas y novelistas, y aun hay quien diga que hizo versos, y como su carácter había sido antes expansivo y bullicio-



so, en poco tiempo notó la familia que algo extraordinario le ocurría. Empeñóse en negarlo, explicó con pretextos varios el abandono de sus asuntos, su cambio de vida y aquel no hablar de Italia ni de Kamus, que era lo que á Carolina y Celia las tenía más sorprendidas y confusas. Con mucho cuidado, y como quien toca una herida abierta, acercaban ellas, de vez en cuando, la conversación hacia ese asunto, que antes había sido para el mancebo el predilecto; pero sin aparatos de suspiros y lágrimas, tan manifiesto se veía que era tormento inútil el que le daban con ese tema al pobre Mariano, que lo abandonaron por completo.

Ahora bien,—todo podía ocurrírseles á aquellas bondadosas mujeres,—menos que hubiese quien desdeñase á su Mariano. «Como pobre, y para quien piense en el dinero podía ser»....decía la madre— «Mamá replicaba Celia, ¿cómo se te ocurre semejante cosa? ¡pensar Italia ni el Doctor Kamus en el dinero, que lo tienen á montones, y en el que no se ocupan....!—¿Y cómo explicas lo ocurrido? Que algo ha pasado salta á la vista para todos, por más que tu padre trate de negarlo y de quitar importancia á lo que ocurre, aunque á él como á mí se le parta el alma al ver que el hijo adorado de mis entrañas se nos muere de pena...y aquí rompía á llorar la buena señora, con angustia de la hija, á quien no se le ocurría otro consuelo que fingirse muy enfadada y celosa, y decir que sólo á Mariano querían en aquella casa, y que lo que ella sentía era que no hubiese ya conventos para meterse monja, con otras incoherencias por el estilo que á la madre, que bien conocía la inspiración, acababan por hacerla sonreír entre sus lágrimas: que no hay consuelo para el dolor que causan algunos hijos, como la ternura y el deleite que la bondad de los otros produce.

Tuvo el asunto una complicación que le sirvió de desenlace, si cabe la palabra. Había entre las amiguitas de Celia una muy cariñosa y á quien la joven pagaba con creces su afecto,— que bien lo merecía. Elvira de la Barca era, en efecto, tan amable como bella; llegaba á los quince, era alta y airosa y adornaban su moreno y agraciado rostro unos labios carmíneos y unos negros y habladores ojos, que no ya los hombres, sino las mujeres admiraban no siempre en alta voz, pero, por lo menos, en el secreto de su pecho.

Elvira había crecido al mismo tiempo que los hijos de Segovia, y en trato cordialísimo con todos ellos: su héroe era Mariano; aplicadísima á la lectura, no siempre con eximia elección, tenía sus dejes, atávicos probablemente, de romántica, y gran aficionada á lo superfino, y como ello coincidía con la extraña reacción literaria que del año 1900 en adelante se produjo, y que había vuelto á poner de moda la Graciella de Lamartine y otros libros de ese linaje, dicho queda que no faltaban pasto é incentivo para sus locas aficiones. Nunca había sabido ella gran cosa de las relaciones de Italia,—á quien apenas conocía,—con el Caballero y Trovador de sus ensueños, y como la bondad en Mariano característica, y su galantería, más bien excesiva que otra cosa, no le dejó sospechar que pudiera desdeñarse su cariño, echó á volar la fantasía por los floridos campos del ensueño apenas notó, que fué bien pronto, la melancolía del mancebo y el retraimiento casi monacal en que vivía.

Dióse entonces la jovencita á meditar gravemente qué sería lo preferible para la poética y casi extraordinaria situación que su propicio destino le ponía delante. ¿No era de rigor oponer cierta es-



tudiada frialdad á las primeras erupciones de la pasión que ya en el pecho de Mariano daba por segura? porque no dejaba ella de alimentar su rencorcillo por lo tardía que había sido aquella pasión en acudir al llamamiento de sus ojos, — ¿ó era más oportuno en aquel caso que, tan pronto como su dignidad femenil lo consintiese, saliera de su pecho un torrente de lava que con el que Mariano había de arrojar en breve á sus plantas mezclase sus encrespados remolinos? —

Debatiendo el asunto pasaron muchas horas de las no cortas vigiliás de la niña.

No era Mariano tan poco perspicaz que se le escapara del todo lo que el trato ya lánguido, ya cariñosísimo, de la incauta doncella, estaba diciendo á voces para quien pusiera el oído. Era mortal, y no había dejado de halagarle el amor que inspiraba, y que alguna vez, con frase ó con mirada, por ligereza de los pocos años ó vanidad disculpable, había estimulado en Elvira; mas ahora, lleno sólo de su pasión desventurada, se le hacían pesadas y aun insoportables las languideces y los poéticos fervores que por turno y con la misma lengua publicaban las ternuras de Elvira; en una de esas tardes incomparables de los trópicos, en que al ponerse el sol tiñe las nubes con tan espléndidos matices, mientras el aire, por grados, se oscurece, y el espacio semeja un templo enorme con el contraste de los colores vivos y las masas opacas y el misterioso silencio y calma profunda que por doquiera se extiende; en una de esas tardes, digo, supuso Elvira llegada la hora de precipitar el curso de los acontecimientos, procurando encontrarse á solas, en lo que llamaremos el jardín de la casa, con el que presumía atormentado de amor por sus hechizos, y llevando el diálogo, que con

él se apresuró á entablar, por los senderos de un suave y poético sentimentalismo; Mariano, que veía claro en el asunto, no tuvo otro remedio de defenderse en aquel lance extremo que hacer á la joven la confianza de su hasta entonces silenciosa pesadumbre, y harto ridícula hubiera sido la situación de la doncella, á no poseer, por regla general, las mujeres serenidad y dominio de sí mismas á que pocas veces llegamos los que tanto solemos decir de su debilidad é indiscreción; aparentó la joven, en habilísima retirada, sentimientos de fraternal simpatía y compasión tierna, que eran los oportunos; ofreció consuelos, prodigó esperanzas, y se retiró de aquella conversación, para ella decisiva, y tan anhelada en sus dulces ensueños, si con el corazón henchido de amargura y derrotada su esperanza, al menos con los honores de la guerra: demás está decir que no tardaron la madre y hermana en hallarse, por ese camino, al cabo de la triste aventura del mancebo. En no corta y vehementemente plática consideraron el asunto, mientras más estudiado, menos por ellas comprendido.—¿Quién no hubiera dicho que Italia lo quería?—exclamaba la hija, si era Mariano la única persona en quien parecía fijarse y la única á quien se acercaba con gusto.—Y lo quiere,—no te quepa duda,—replicaba Carolina con aquel orgullo, propio de las madres, y que en la de Mariano no carecía de fundamento. En esto hay algún misterio,—añadía—algún misterio que tiene que aclararse,—que es indispensable que se aclare, añadía de prisa, encendido el rostro por la emoción que la embargaba.—Yo veré á Italia, yo conversaré con ella,—dijo en seguida, dando lugar á la esperanza.—Sin consultar á papá primero?, preguntó la niña sorprendida.—Sin consultar y sin perder un momento, que él me vendría con escrúpu-



los inadmisibles.—«A bien que él no llega hasta mañana de Limón y yo puedo disculparme con la urgencia del caso. Ahora mismo me voy á la casa del doctor».

\*  
\*\*

Lo dicho, lo hecho: no tardó mucho Carolina en encontrarse en el palacio de Kamus. Pero, por muy de prisa que fué, siempre hubo campo para que meditara en la visita y preparase por el camino sus planes de campaña.

Encontró á Italia sola y leyendo,—destino de la más grande parte de su tiempo;—explicó como supo la visita por cierta comisión que había tenido que desempeñar en los alrededores de la casa, todo ello dejando á cada rato la frase interrumpida, por emoción natural en primer término, y luego, no sin malicia, para que se notara su desconcierto:—«perdona, hija, perdona, dijo de pronto, no sé como tengo la cabeza; porque nuestro Mariano se nos muere..... apenas soltó las palabras, ya estaba arrepentida.—La idea de la muerte, á pesar de creer Italia, por las explicaciones del Doctor, que á ella no podía alcanzarla, produjo siempre en la niña extraordinario efecto; tratándose de Mariano, el caso era, por supuesto, harto más grave.—¿Se nos muere Mariano?—acertó sólo á decir, pálida y temblorosa, próxima á una de las crisis de que padecía y de las que ya hablamos. Enternecióse y asustóse Carolina.—Quise decir,—repuso,—que está el muchacho como si fuera á morirse, parece que de mal de amores desdeñados, sin que lo sepamos á derechas. Quedaron ambas un buen espacio silenciosas, y la primera que rompió el silencio fué al cabo la temblorosa Italia.—«No morirá,—si es posible impedirlo, dijo goteando

las palabras... ¡Ay, mi Italia, clamó entonces la madre, prorrumpiendo en sollozos, no me des una esperanza que no haya de cumplirse, que será entonces más insoportable el dolor de todos.—Ruégote que te calmes, querida Carolina, dijo entonces Italia, en quien las lágrimas ajenas producían extraordinario efecto;—de las tuyas de niña no había querido ni podido hacer memoria;—«Como haya remedio para el mal, lo tendrá de seguro». «Y yo creo que puedo remediarlo,—añadió tras leve pausa, poniéndose muy encarnada, después de un momento en que la lividez de sus facciones aterró á su interlocutora.—«Dí á Mariano,—añadió después.... pero nada le digas....mejor será que yo oportunamente le escriba; un día más de pena no será mal tan grave, y aunque pocas abrigo, alguna duda tengo todavía;—ahora me dejarás sola, ¿no es verdad?—añadió con hechicera zalamería,—tengo mucho en que pensar, por el momento»

Despidióse consoladísima la madre, y como lo había anunciado la niña, sumióse ésta en una meditación profunda.



Estaba el sabio entre sus alambiques y retortas cuando el «tengo que hablarte, padre mío»...de la aún conmovida voz de Italia vino á interrumpir sus estudios.—Fijó en ella una mirada escrutadora y no sin inquietud.—Veamos, dijo, abandonando su tarea—.Me has dicho más de una vez, y aun me has explicado,—hasta donde mi perezoso pensamiento puede seguir el tuyo,—como no es imposible para tu ciencia devolver á mi organismo su primitiva impureza, sus imperfecciones nativas...y su servidumbre



de la muerte, añadió tras leve vacilación.—Bien lo sabes,—contestó Kamus con cierta impaciencia.—Quería asegurarme una vez más, dijo Italia, sin dar otra importancia á la evidente irritación del sabio,—porque vengo á pedirte que lo hagas.

Sería difícil dar una idea de la cólera inmensa que se pintó en las facciones de Kamus: el relampagueo de sus ojos era formidable.

«Sal de aquí, dijo, y no me molestes ahora con caprichos insensatos; no anda mi tiempo tan mal ocupado como el tuyo». Italia lo contempló un momento con profunda tristeza, y acercándose á él, hundió las manos en sus blancos cabellos.—«Pobre padre mío,—dijo—ya sabía que iba á causarte una gran pena; pero Mariano, según parece, se muere del amor que le he inspirado, y yo no quiero que muera tan joven, por esa causa sobretodo.—Una risa muda agitó todo el cuerpo del doctor,—se diría que era el espectro de una carcajada. Se muere de amor el hermoso muchacho, dijo al cabo con profundo desprecio, y tú.....bien temía yo no haber podido curarte del todo del verdadero mal de la vida. Italia sin turbarse, fijó en él una mirada profunda;—algo hay de eso, según creo,—añadió después. La enfermedad de amor de mi Mariano me parece un abismo, pero un abismo que me atrae con fuerza irresistible. En general, y tratándose de los otros, sabes como desprecio el amor de que hablamos; pero en este caso ¿quieres que te diga lo que experimento? es como si hubiera un río muy hermoso que me atrajera con la frescura de sus aguas, y sintiese en torno mío una barrera que me impidiera lanzarme en sus ondas. Confieso que hay una curiosidad indecible que me aqueja; bien sé, añadió con hechicera humildad, y redoblando sus caricias, que no es

como la tuya; que no es tu curiosidad noble y sublime: la que encuentra pequeña tu ciencia enorme y te mantiene ansioso tras el hallazgo que no ha llegado todavía; pero indigno sería en persona como nosotros agitarse descontentos contra las leyes del inflexible destino,—que sólo los griegos antes que tú comprendieron, padre mío.—Aceptemos tranquilos el fallo inescrutable.

Dejóse caer Kamus en un asiento bajo que cerca de sí tenía, y ocultándose el rostro entre las manos, pareció por algún espacio olvidarse de todo cuanto le rodeaba. Italia no quitaba de él los ojos, dejando ver en ellos ternura y admiración inmensas.

Irguióse, al cabo, Kamus, y tomando la mano de Italia, dijo: vamos á proceder á ellos, ya que no te asustan esos misterios infernales.

\*  
\* \*

Con la mano de Italia entre las suyas, echó á andar Kamus y llegando á uno de los extremos de su laboratorio, oprimió en la pared cierto resorte que puso en descubierto oscuro y estrecho pasadizo. Por allí marcharon ambos hasta llegar á una habitación para Italia enteramente desconocida.—Este es el taller de la vida, dijo en són de burla, y con amargura y desprecio el viejo sabio.—La habitación estaba casi llena de pequeñas mesas cubiertas de frascos de varios colores y tamaños. Dentro de ellos, cuando su forma y color lo consentían, veíanse agitadas extrañas larvas en licores viscosos; parecían gérmenes de nunca vistos animales. El aire, para quien no hubiera estado en las condiciones extraordinarias de Italia, hubiera sido insoportable por lo pesado y nauseabundo. La misma niña, experimentando una



sensación para ella incomprensible, se dejó caer en el diván de terciopelo negro que rodeaba la pieza.

Kamus no pareció fijarse en ello. Tomó de un armario algunos objetos y añadiendo á la claridad de una pequeña lámpara que en el salón había, la del fuego de un extraño aparato, que era una especie de fogón, todo, hasta las paredes, el piso y el techo de la pieza, pareció moverse imitando en cierto modo el hervor de una marmita que sobre el fuego puso, y en la que había ido vertiendo diversos líquidos de frascos que de un armario tomaba, lo mismo que polvos de diversos colores en otros frascos contenidos. Vapores de toda suerte de matices llenaban el salón; el viejo sabio, erguido, y revelando en la mirada una soberbia demoniaca, recorría la pieza, dejando escapar palabras incoherentes y haciendo movimientos extraños, como si amasara aquellos vapores entre sus manos y los arrojase sobre Italia, quien, con movimientos maquinales, se había despojado de una parte de sus ropas y se había extendido sobre el diván con los ojos cerrados.

Después de un espacio de tiempo, cuya duración no podríamos precisar, el cuadro se transformó lentamente; cesaron los vapores, dejó de hervir la marmita, aclaróse el aire y pareció dilatarse por él un intenso aroma. En cuanto á Italia, dormida por vez primera después de su infancia, su fisonomía tomó un aspecto aniñado, su respiración se hizo cadenciosa y pequeñas gotas de sudor brillaron en su frente.

El sabio se inclinó sobre el rostro de la niña contemplándolo con un orgullo indefinible: «mármol ya eres mujer»,—dijo al cabo.—Estremecióse el cuerpo de Italia con un movimiento hechicero, su semblante se animó con una sonrisa: se hubiera creído que iba

á despertarse, y—Sí, mi Mariano,—dijo con voz queda y temblorosa.

Pareció encenderse de ira el rostro de Kamus.

Sí, la desgraciada es de veras una mujer, dijo y se dirigió á la salida del cuarto, dejando á Italia sumida en su letargo.

\*  
\* \*

Los amores de Italia y Mariano pasaron suave y dulcemente, sin que las borrascas de los celos,—las únicas que son comunes en casos análogos,—turbaran su serenidad ni les añadieran sus amargos deleites: con amores que se preludian en la infancia suele suceder eso. Se saben entonces ambos amantes totalmente preferidos el uno por el otro, al resto de la humana especie, y existe confianza y conocimientos mutuos que á nada pueden compararse.

En este caso, la larga intimidad obviaba otros inconvenientes; con no ser vulgar, la cultura intelectual de Mariano no estaba á la altura de la de Italia, que en lo referente á la educación recibida conservaba, á pesar de la revolución en ella por la ciencia de Kamus operada, perfecta memoria. Introdujo eso, por lo contrario, hechizo nuevo en aquellos dulcísimos amores, dándoles tema de conferencia grata y pretexto de reunión y plática continua, bien interesante y alzada, en las nuevas iniciaciones que ahora quiso con entusiasmo recibir Mariano á misterios estéticos y científicos antes por él hasta cierto punto desdeñados. La literatura antigua y la ciencia novísima dieron, pues, pasto y sello á aquella intimidad amorosa, elevándola por encima del nivel vulgar de otras análogas, y como no hay genio docente que al amor se parezca, y era Mariano de viva fantasía y de muy buen entendimiento, no pasaron muchos



meses sin que el encanto de una cultura análoga viniera á añadirse á los muchos de aquellos amores primaverales y exquisitos.

Era el amor antiguo,—á lo menos, tal como en los buenos libros de la vieja literatura aparece, mucho más fresco y cordial que el que se usó más tarde, y como ni la sombra de lo pedantesco se mostraba en aquellas iniciaciones á los misterios estéticos y científicos que Italia para Mariano descubría, y la maestra era, después de todo, á las veces doctrinada por el discípulo, cuyo viril entendimiento y ciencia más completa de la vida común en su prosa corriente, le daban en ocasiones la ventaja, fueron los tiernos y elevados coloquios á la manera de viajes y peregrinaciones placenteras de las dos inteligencias juntas, y tomadas de la mano, por decirlo así, por las regiones encantadas que las páginas de Teócrito y Virgilio, Platón y Esquilo, ó Tucídides y Jenofonte abrían en torno de su paso. Los días rodaban sin pesar sobre ellos, sino acariciándolos con sus alas, y dejándoles un perfumado recuerdo de su tránsito sin que fuese raro que se creyeran en una semana ó en un mes que habían ya trascurrido.

Su mismo aspecto físico había tenido realce, por aquella dicha sin nubes y la hora propicia de la juventud que ambos vivían, perfectamente explicable: la figura de Mariano era ahora más varonil, y en cuanto á Italia, sin perder sus antiguos contornos de diosa, se hubiera dicho que la sangre nueva que corría á través de aquel mármol no lo privaba de su majestad, sino que singularmente lo favorecía; en paseos que no era raro que diesen á caballo, y en que atravesaban las calles de la ciudad, eran motivo de admiración y placer para cuantos tenían oportunidad de contemplarlos.

A las veces, sin embargo, nube no muy densa turbaba con su paso el cielo de aquella dicha suma. Era cuando Italia, interrumpiendo éxtasis de amor ó amena lectura, permanecía largo rato desazonada y pensativa, tratando de fijar una memoria, que sin dejarse ver del todo, á modo de mariposa que vuela inquieta en torno de una flor ó de una llama, y no sale de un breve círculo, pero sin detenerse un segundo, en inquietud perenne, oprimía su mente. Leían de los dioses griegos, por ejemplo,—y exclamaba ¿cómo podían amar á los mortales, y á la manera de éstos?—Mariano la miraba sorprendido.— Los dioses griegos,—decía después de un instante,— eran como seres humanos sublimados por la fantasía.— Sublimados no,—replicaba Italia—puesto que aman de una manera tan vulgar. ¿No recuerdas lo que nos cuenta Platón que dijo á Sócrates la extranjera de Mantinea?—Mariano hacía entonces un gesto de desdén: ese amor que se ha llamado platónico, replicaba,—nada tiene á mis ojos de sublime;—es sólo remedo y sombra vana del que me colma de ventura. Aprecio cabal y estimación altísima de las nobles prendas de tu pensamiento hay en el que siento y me entusiasma, pero su fiebre..... Aquí le cortaba Italia la palabra; no me hables de fiebre Mariano mío; porque eso es lo que me desagrada y entristece.....pero un momento más tarde el episodio parecía sepultado en el olvido.

El desacuerdo pasajero no tenía siempre el mismo tema; se daba sobre cosas bien diversas, y la tristeza de Italia era en ciertos casos una melancolía que la asaltaba á solas, trayendo entre sus alas largos insomnios y hastío de cuanto la cercaba.— Creyóse en el caso de consultar al doctor Kamus acerca del asunto.



El viejo sabio oyó la consulta mostrando á la vez que sorda irritación un cierto regocijo; al principio, pocos comentarios hizo, y explicación ninguna dió á los tormentos de que era víctima la niña. ¿Nada recuerdas de tu vida de otro tiempo? dijo una vez, interrumpiendo su relato. Italia lo miró asombrada.—¿De otro tiempo? dijo;—luego ¿es cierto, como me lo figuro, que he vivido en otra parte, que no era de este mundo? Eso no lo sé, dijo el sabio. Yo me refiero á este mundo y aún á esta misma pieza en que nos encontramos;—era el salón en que se habían deslizado en el estudio los primeros años de la niña.—Sí, aquí era, replicó Italia, volviendo los ojos en torno suyo y como reconociendo un lugar que no se ha visto por largo tiempo; sí, aquí era, añadió: pero no puedo explicar por qué era todo entonces tan distinto. Entonces no pensabas tanto en Mariano, dijo el sabio, como queriendo sondear el corazón de Italia.—Sí, en Mariano pensaba siempre, repuso ésta, muy de prisa y poniéndose encarnada; Mariano estaba siempre conmigo; só lo que, añadió con tristeza, asomándole las lágrimas á la mirada y á la voz, era un Mariano diferente; ¿es éste, á quien tanto amo, el mismo, enteramente el mismo, padre mío? y sin aguardar la respuesta, salía del salón sollozando para ir á encerrarse en sus habitaciones.

El viejo Kamus, tras alguno de estos diálogos, no parecía conmovido, sino satisfecho. «Hay esperanza, hay alguna esperanza», repetía á solas, frotándose las manos. «Iremos á Marte; mi correspondencia con ese mundo está bien avanzada. Para la tierra *nulla est redemptio*; mis descubrimientos no podrían,—aunque los revelase, alterar la esencia de sus males. Bien han hecho, añadió, en poner en la

curiosidad de Eva y el pecado de Adán el origen de sus hondas desventuras»....



Ocurrió en este periodo un episodio que estuvo á punto de poner término á la armonía de los amantes. Había en San José, por entonces, un periódico que había logrado éxito singular por la información rápida, completa y de extenso radio que comunicaba á sus lectores; un joven escritor, que formaba parte de su redacción, había visto de lejos á Italia y sentía por ella admiración cercana á la demencia; cuando las mil lenguas de la fama dijeron de sus amores con Mariano y de la boda próxima, estuvo el periodista á punto de enfermar; su despecho, su envidia, su locura diré, lo llevaron al extremo de escribir y deslizar en las columnas del papel á que me refiero, amarga sátira contra los Segovia, indicando como peligrosa su situación financiera, y suponiendo muy oportuno el socorro que los millones de Kamus iban á dar á aquel barco, *que ya hacía agua*, decía la impertinente gacetilla.

A Mariano lo puso en antecedentes y lo enteró del malicioso párrafo uno de sus amigos; fue á la redacción y arrojó á la cabeza del escritorzuelo el tintero que le servía para sus malicias literarias; concertóse de prisa un lance, y acaso nada hubiera sabido Italia, á no ser por Elvira de la Barca, la joven sentimental, de quien ya dijimos la esperanza malograda, que creyó del caso una visita á su rival, no para remedio de la ocurrencia, que ya no lo tenía, sino para hacer comunión con ella en la desgracia de que acaso había sido víctima el «amigo» de ambas, como ella decía, dando á entender no sé qué



situación en países que no son mulsumanes ó mormones muy poco corriente.

Italia oyó con relativa calma el discurso de aquella alucinada joven, y acudió á Kamus, que por acaso estaba, como suele decirse, al cabo de la calle. Circunstancias casuales lo habían enterado, á través del Doctor Baldek, llamado á asistir como médico al encuentro, de todos los detalles del suceso, en que para nada había querido intervenir, y se ocupaba en calmar el terror de Italia, dándole buena esperanza, cuando la llegada de Mariano, indemne y vencedor, puso remate á las angustias.

Lo primero que hizo Italia fué abalanzarse al cuello del campeón triunfante, reclinar la cabeza sobre su pecho, y por vez primera después de su resurrección portentosa, llorar, y largamente. El resto del día se pasó en los éxtasis de quien ha corrido un gran peligro y se vé ya en salvo: pero no más tarde que al siguiente vinieron los comentarios y los disenciones. Porque ni á Italia le entraba en la cabeza la idea de que basta fraguar una calumnia para encontrar mucho crédulo que la acepte, y aun se complazca en propalarla, ni mucho menos que el remedio de males como esos esté en cachetes y cuchilladas ó tiros de pistola: en el mundo griego, en que ella había formado sus ideas, no había puntos de honor ni retos para encuentros de esa clase,—y como no es raro que acontezca en las discusiones, la divergencia de pareceres sobre el punto esencial de la disputa trajo consigo otras muchas, engendrando innumerables desacuerdos y produciendo á la postre en Italia una de aquellas angustias mentales que solía padecer ahora, ansiando resucitar, sin conseguirlo, la imagen de una vida más noble y bella que la que disfrutaba; y siendo frecuentes y largas sus

consultas á Kamus acerca del asunto. En el discurso de éstas pasaron explicaciones por parte del sabio, el resultado de las cuales había de ser de mucha trascendencia.

\*  
\* \*

Circunstancias igualmente casuales parecieron borrar, empero, el mal efecto de lo ocurrido.

Exhibíase, por entonces, en San José, una colección de fieras, la única completa que había llegado á estas playas, y objeto, por lo mismo, de gran curiosidad é interés: allí se iba con frecuencia á contemplar los extraños animales, á verlos comer ó jugar con el domador: en una de aquellas sesiones, estando una jaula entreabierta, —la de un leopardo, creo —acercóse á ella un imprudente niño mal cuidado por los que lo tenían en guarda, y era probable que lo pasara mal á no ser por la serenidad y arrojo de Mariano que, sin turbarse en lo mínimo, se acercó al peligro cerrando la jaula y tomando en sus brazos al picaruelo. Fué la acción muy loada, y en volandas llegó la noticia á la casa de Kamus, de donde había salido tristísimo Mariano después de uno de los ya frecuentes desacuerdos con la novia. — «Déjame que te bese, mi héroe, mi león» —dijo ésta á su retorno, echándose en sus brazos, y el recuerdo de las anteriores disputas pareció borrado por entero.

De allí en adelante sólo hubo júbilo y amorosos delirios, largos paseos, plática sabrosa, mirarse cada uno de los dos en los ojos del otro y hacerse preguntas inútiles sobre la mutua ternura, y respuestas no más indispensables. El minuto de oro de la vida, la fiebre de dos corazones que latían á la vez, los sumergía en exaltados regocijos.

La boda fué civil y sencilla, sin invitaciones ni



aparato. Ya entonces había desaparecido la ridícula costumbre de traer gente extraña al hogar para lo que es solemnemente alegre ó espantosamente triste: para la muerte ó para el matrimonio, que en diverso concepto requieren la intimidad y el retiro.

\*  
\* \*

No había llegado el alba cuando Italia despertó en la alcoba nupcial teniendo á su lado á Mariano dormido: una luz suavísima se tendía sobre la escena. Italia despertó en un doble sentido de la palabra: despertó de su sueño, y despertó también de su ensueño. Lo primero que hizo fué saltar horrorizada del lecho, quedando de pie, acongojada y palpitante.

Aquel recuerdo que tanto había perseguido en vano su memoria, ahora estaba allí, erguido, terrible, mostrando todos sus detalles en claridad radiante. Los periodos distintos de su vida fueron desfilando ante su pensamiento con nitidez extraordinaria: recordó su enfermedad de niña, su vida en casa de Kamus, sus nobles estudios, su casta amistad por Mariano, el arrebatado amor de éste, el sacrificio que había querido hacerle y todo lo que había pasado después: lo recordó humillada, avergonzada, horrorizada. Miró con un desdén supremo los delicadosamorcillos que jugaban en lo alto de su lecho nupcial y sin poner los ojos en Mariano, ni vacilar un punto, salió de la alcoba, no cuidándose de cerrar la puerta tras de sí, y se dirigió con paso firme y pausado, como de estatua que camina, al laboratorio de Kamus. Allí, en lugar á donde sin titubear un instante fué al entrar en el laboratorio, había sobre una mesita cubierta de terciopelo verde, un solo pomo de cristal admirablemente tallado. Italia, des-

pués de tocar en una de las paredes del laboratorio un resorte visible, apuró de prisa lo que el pomo contenía; pasóse entonces ambas manos por la cabeza, como aturdida ó deslumbrada, y se dejó caer lentamente en un asiento, quedando en él sin movimiento alguno.

No tardó Kamus en acudir al reclamo. Su semblante estaba trasfigurado: se veía en él una alegría indescriptible y grandiosa. Con movimiento rápido se encaminó á un extremo de la pieza y recorriendo allí una gran cortina, dejó descubierto un aparato semejante al que descubrimos á la entrada de este relato, cuando el paseo aéreo ante la botica de Segovia; sólo que éste no parecía una paloma sino una águila enorme. Con vigor de que nadie lo hubiera creído capaz, colocó el viejo el cuerpo de la joven entre las plumas del águila, sentándose á su lado.

En aquellos momentos entraba Mariano en el laboratorio, á donde lo condujo una especie de instinto.

—Italia, mi Italia—balbuceó lleno de espanto.

—Muerta por tu amor, insensato,—rugió el doctor, y aproximando una de sus manos á la pared que tenía más cerca apoyó un dedo con fuerza en cierta parte de un relieve que en ella aparecía: el efecto fué instantáneo: abrióse el techo de la habitación cayendo en dos partes á los lados, como pedazos de una vela á que de súbito falta el aire, y brilló en lo alto el cielo de la Aurora; el águila desplegó las alas y tendió su vuelo por el espacio con rapidez vertiginosa. Mariano, sin decir una palabra y con los ojos muy abiertos, dió algunos pasos en la habitación con los brazos extendidos hacia la visión que se escapaba: después cayó en el suelo y quedó en él inmóvil y sin sentido, bañado por el rosicler del alba indiferente.

---





## Notas

Que la familia de Jesús lo tenía por loco, es punto que aparece clarísimamente de algunos pasajes de los Evangelios, y sobre todo del capítulo tercero del de San Marcos, aunque en algunas ediciones de la Biblia sea mayor que en otras la evidencia.

Por lo demás, no pretendo hacer propaganda antireligiosa. En esta materia lo único que importa es que reine la más completa autonomía; porque siendo una de aquellas en que las más ilimitadas libertades individuales son el todo compatibles, resulta absurda la intervención del Estado para otra cosa que para impedir la perturbación de los unos á la libertad de los otros, en el terreno de los hechos.

La doctrina de Jesús, á pesar de sus exageraciones teóricas, es la más hermosa que han pensado los hombres, y para su realización y estricto cumplimiento, ó mejor dicho, para cumplir con ella en lo esencial, pequeño sacrificio resulta el de pasar en silencio los dogmas con que sus Iglesias oficiales la acompañan.

Busquemos, primero, el reino de Dios,—como él decía,—es decir, busquemos la fraternidad sincera de los hombres, y todo lo demás resultará de poco momento.

\*  
\* \*



Entre este librito y otro anterior de la misma pluma aparece cierta discordancia. Allí se pondera el individualismo, y el socialismo se expone aquí con devoción poco disimulada. La contradicción no existe en el fondo. Mientras la organización social del mundo no se altere, ó trate de alterarse, no estoy por los gobiernos que hacen ferrocarriles y ponen partes telegráficos: tener las desventajas de los dos sistemas al mismo tiempo es lo que me parece indefendible.

\*  
\* \*

El arte es la interpretación ideal de la naturaleza; cristalización análoga á la del diamante: el resplandor aprisionado por el carbón: el carbón trasfigurado por el resplandor. Soy de sus devotos; pero no de los que piensan que decir con belleza las ideas ó tocar bien el piano es la más alta función de la vida, ni de los que imaginan que hay que sacar de quicio el arte para transformarlo en órgano adecuado de propaganda eficaz de las grandes verdades.

Y, á propósito, no soy purista. Miro con desagrado la imitación nimia de la literatura francesa, como tengo por necia la resurrección que algunos, con mucho aplauso, por cierto, han intentado, del estilo de Gracián ó de Saavedra Fajardo ó de Quevedo.

Pero usar de alguna palabra ó giro que ya quedó *oficialmente* por anticuado, ó que sea de otra lengua, como digan clara y más enérgicamente que los del Diccionario de la Academia nuestro pensamiento, me parece muy puesto en razón y aún muy plausible, piensen lo que quieran acerca de ello algunas personas que pretenden hacer con las palabras lo que los naturalistas con las mariposas, por ejemplo.

\*  
\* \*

Las tendencias orgánicas y hereditarias pueden en muchos casos combatirse con éxito por la educación; no sólo por la de los primeros años, que es la más eficaz, sino por la que constituye el influjo de nuestras lecturas, nuestros amigos, los hábitos que á veces logramos imponernos ó que las circunstancias nos imponen.

Hay, además de los impulsos sociales, un sentimiento como *estético* que nos impele á admirar la hermosura moral y á procurar realizarla. Está en nuestra mano, hasta cierto punto, cultivar en nosotros ese impulso; las religiones lo procuran; las bellas artes deben tender á realizarlo.



## ÍNDICE

---

	<u>PÁG.</u>
EL NIHILISMO RUSO. . . . .	6
LA FÁBULA GRIEGA. . . . .	45
EL FESTÍN DE BALTASAR.. . . .	57
MARÍA ANTONIETA. . . . .	63
LORENZO MONTÚFAR.. . . .	69
RENAN. . . . .	77
COLÓN. . . . .	83
NINDIRÍ. . . . .	89
ITALIA. . . . .	93
NOTAS. . . . .	125